



**CATORCE TITULOS
PARA TRECE
NARRACIONES**

José Miguel NAVEROS

F. Pistolesi



JOSÉ MIGUEL NAVEROS, periodista, nació en Almería. Estudió Derecho en la Universidad de Granada.

En 1934 publicó su libro "Una recta", colección de artículos, que editó "Diario de Almería", y posteriormente un ensayo sobre política española. Al terminar nuestra guerra pasa a vivir a Madrid, y se dedica a la enseñanza. Publica "Gotas", libro de poemas, con prólogo de Manuel Machado, en 1943; "Vega de Armiño", en la colección Medio Siglo de Historia —Los presidentes del Consejo de la Monarquía: 1874-1931—, en mayo de 1947, al final de ese mismo año, en la Biblioteca *Figuras de nuestro tiempo*, la biografía de "Muñoz Seca". Aparece su libro de poe-

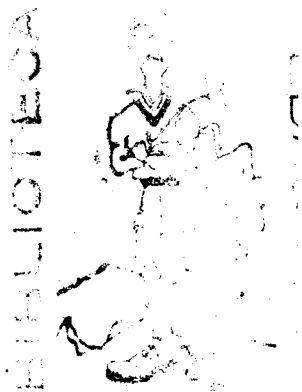
ESTA OBRA NO
SE PRESTA

**CATORCE TITULOS
PARA TRECE NARRACIONES**

JOSE MIGUEL NAVEROS

R- 7956-A

CATORCE TITULOS
PARA
TRECE NARRACIONES



ALMERIA-MADRID, 1972

EX-LIBRIS

Prof.

JOSE M. MARTINEZ

Depósito legal: M-26.955-1972.

**Edición realizada con la colaboración del Monte de Piedad y
Caja de Ahorros de Almería.**

Estas trece narraciones han sido escritas en distintas épocas, y de ahí su clasificación «de ayer» y «de hoy». Las más lejanas son las tres primeras, publicadas en 1957 la primera y en 1960 las otras dos. Las tres tienen como marco Almería capital, aunque la que lleva por título «Pillolo» («Pijolo» debió llamarse, pero el cambio de título sería una historia larga de contar) se sitúa en una ciudad imaginaria. He querido ser fiel a cómo vieron la luz pública más que a cómo se ejecutaron.

Las comprendidas bajo la denominación de «Sonámbulas» pertenecen a un período íntimo: el de la recuperación de una grave enfermedad, envuelto en la soledad.

Todas las de la segunda parte —«de hoy»—, siete en total, están como si dijéramos recién escritas o ejecutadas, predominando en algunas un amasijo de imaginación y realidad.

Estos relatos sencillos, casi nada, quieren atribuirse una sola virtud: están desprovistos de moraleja y son fieles a un juego de pequeñas y complicadas observaciones. Yo creo, firmemente, que la literatura, aun no queriéndolo, es más moral que la vida. El escritor es el primer ciudadano civil de la sociedad. No se resigna, si es escritor de verdad, a aceptar el papel de comparsa, de creador de silogismos. El médico de mi antepenúltimo relato, don Gregorio, rompe con la tradición y proclama su naturaleza de hombre literario; la literatura ha dado hombres muy superiores a como son en sí los hombres.

Y punto final.

DE AYER

A José Redondo Tapia.

EL COLORIN

(CUENTO QUE BROTA DE LA REALIDAD)

El personaje penetra despaciosamente en las cuartillas, cautelosamente y como avergonzado. Nuestro hombre, el Colorín, no es uno de esos tipos de novela neorrealista que puede ser destripado por su complejidad ante los ojos del lector. El Colorín no es casi nadie, aunque tiene una existencia real bien definida. Es un hombre bueno, que quema su vida como pescador, y no otra cosa. Pero él, con su presencia en el mundo, airea una historia humanísima de bondad que le eleva a la categoría de héroe. Héroe de un lugar y de un ambiente... y héroe de él mismo.

Empecemos desentrañando que el Colorín no tiene ningún otro nombre o que si lo tiene lo ignora él mismo. Porque su patronímico se quedó borrado para su propia memoria. De dónde le viene el mote tampoco lo sabe. Un día, quizá, le llamaron Colorín y por Colorín se le conoce. Esto, que parecerá raro, es así, porque el Colorín carece de la historia de su niñez. Teniendo sólo ocho años, un día, al levantarse y salir al patio de su casa, se encontró con el horroroso espectáculo de su padre y su madre colgados de una viga. Ambos se habían ahorcado. Salió a la calle horrorizado, gritaba desesperadamente, y acudieron los vecinos, que avisaron al Juzgado. Retiraron los cadáveres, tras el correspondiente levantamiento judicial, y el Colorín se quedó en la

barriada del Zapillo sin que nadie le preguntara nada. Y desde entonces solo ha vivido, aunque acogido cariñosamente por los vecinos de esta barriada de pescadores. A sus padres no les conocían; llevaban viviendo en el Zapillo escasamente un mes. Llegaron a ocupar aquella casita, que acababan de comprar, a mediados de abril y el 12 de mayo se habían ahorcado.

Ni una línea más sobre el hecho, ni la idea siquiera de retroceder para investigar. ¿Qué nos iría en ello? El Colorín está entre nosotros y no nos sentimos escribanos. Aunque sí es cierto que la Justicia, en este caso, fue olvidadiza; no vio indicios de crimen alguno y el suceso lo despachó por medio de una simple diligencia.

Ese día comienza la historia de Colorín, la vida de Colorín, que, además, carece de relato. Porque a sus sesenta años y pico, tres duros y reales de edad —los años se cuentan por reales entre los pescadores de esta barriada, que está sólo a kilómetro y medio de Almería—, el Colorín no ha salido de las playas del Zapillo, el Alquíán, las Almadrabillas y la Garrofa. Cuatro playas de la capital de Almería que caben en la palma de la mano. La ciudad casi no la conoce. El mismo, con su voz estropajosa, nos ha dicho para que nos diera pena oírle:

—Soy el Colorín; vivo como en una jaula, desde aquella montaña a aquella montaña.

Había señalado con las manos el castillo de San Telmo y cabo de Gata, la mitad escasa del litoral de la bahía de Almería.

I

Aquel 12 de mayo, de un año sin determinar, nace en realidad un niño que tiene ocho años de edad. Y este niño es de tierra adentro... Pero está ahora, cuando su existencia comienza, frente a un paisaje nuevo: el mar. Otra vida que cambia también por la psicología de las personas. Hay más alegría para los ojos y para el corazón. Frente al mar los hombres ruedan, no son como árboles; la vida se desliza ligera y sin monotonía.

Trasplantada aquí el alma del niño, donde el dolor del pobre

es menos triste, donde se sueña como si siempre se estuviera en primavera, el Colorín de hoy, de muchos años atrás, brota sin signo alguno de tragedia, amorosamente arrojado por la simpatía de un ambiente sano que tiene el saco roto para las penas. Se sabe de la bondad de vivir, aunque se trabaje esforzadamente, y el hombre no es un ser andrajoso, miserable y apenado. Hasta en la hora de una red destrozada, de un copo malogrado, el pescador os saludará esperanzado: «¡Buenos días nos dé Dios!».

De esta arena que el Mediterráneo baña está hecho el Colorín... Y por eso el Colorín es bueno, noble y sufrido. Es como tierra del mar, que no ensucia.

Pasados ya los primeros meses de ir el Colorín de una casa a otra, llevado y traído por el corazón de buenas gentes, de él mismo salió, viendo a otros niños de su edad, que había que trabajar, sacando del mar el pan de cada día. Allí pronto empieza el trabajo diario, sin esperar casi al amanecer de la adolescencia. Pero, con todo, el niño tiene infancia, juega y parece alegre. Hay demasiada luz, tanta y tan inmensa belleza en este mar, que hasta la pobreza se esconde. Un niño calzado y un niño descalzo no se distinguen. Se está en la playa. Además todo es fantasía para ellos, que, ágiles y contentos, dan una sensación de bienestar. ¿No será que el sol y el mar penetran en los corazones?

Luz interior se ve en estos niños, nada miedosos, pero finos en su estampa. Son niños de alegría rebosante, sin picardía y sin hiel, que coronan su cabeza de rosas sin enredar una sola espina.

Entre estos niños estuvo ayer el Colorín, como hoy están otros. Pero el Colorín era huérfano, pudo haber llevado el frío de la soledad en su alma. Y no conoció este frío. ¿Para qué rodearse de la ceniza de malos recuerdos si podemos sacudirnosla? Y esto, que no podía pensarlo el Colorín, su instinto se lo decía. A veces el hombre sale de él mismo como de un pozo e irónicamente borra toda la sabiduría con un rasgo de bondad propia, sin manantial que le haya alimentado. Esta es la gran verdad, la inmensa verdad, de este Colorín nuestro. Un espejo donde contemplarnos para sentirnos pequeños ante él, que es muy pequeño físicamente, pero de brillantez humana, como no

teniendo medida posible. Nadie debiera retratar la belleza física cuando en un ser encorvado, pequeño y desmadrado, que parece caerse y se sostiene —¡no sabemos si cogiéndose con las manos al cielo!—, se guarda algo parecido a la que se dice bondad del ángel. (Que yo no describo... ¿Dónde está el signo, para nosotros, de la luz celeste, inmensa, que lleva o no lleva a Dios?... Los ángeles debieron ser de luz vivísima, y la sola ilusión de nuestros ojos, una sombra borrosa, nada.)

El Colorín, que no ha debido tener idilio alguno con las cosas, no es nada y, sin embargo, nos han contado de él escenas enterrecedoras. Su pan, escaso y sudado, no era obstáculo para que los días que la jábega no daba ni para hacer un reparto de calderilla —felices días en que la calderilla era dinero—, lo entregaba a un niño, a una anciana. Al viejo Enero, pescador que ya ha muerto, ciego de nacimiento, le acompañaba y atendía. Y el Colorín, cierto es, no sabía por qué hacía esto, por qué daba lo suyo, escaso hasta para él, pero lo hacía. Como un sentimiento profundo animaba y anima su existencia. Yo he pensado si el Colorín no será una de las pocas raíces que en forma de hombre ha puesto el Dios de todos en el mundo. No hay el más leve indicio de blasfemia en ello, como no hay pecado en los «tacos» que suelta el Colorín. Son palabrotas de pescador que el mar agradece oír. ¿Qué da el mar, en su inmensidad, frente a la desventura de los que con sus manos le acarician un día tras otro hasta entregarle la vida? El Colorín es el poema del hombre y del mar, sin agotarse nunca, extenuándose para que el poema siga cantándose.

II

No parece borrada la figura pequeña del Colorín cuando está entre los pescadores. A la hora de tirar de la tralla, se afana como el que más, suda como el hombre más fuerte, pone igual interés que el propio patrón. Cuando la red se aproxima a la playa acude a la banda, se adelanta a todos y, con medio cuerpo dentro del agua, su destreza es admirable. De dónde saca sus

fuerzas, nadie lo sabe. Habrá que pensar que si al andar produce la sensación de agarrarse con sus manos al cielo, en esos momentos son sus dientes, mordiendo el aire, quienes le sostienen. Pero él, tan pequeño, está allí agigantado, con reciedumbre, ganándose justamente su soldada. El pan que se lleva a la boca diariamente es pan sagrado.

Terminada la jornada y hechas las partes proporcionales del pescado vendido (reparto equitativo como no existe otro, si es que el pescador pudiera distribuir ganancias positivas), llega la hora de beber vino. El Colorín no falta.

El tío Campico, que es el dueño de la barca, se fija en todos como si pasara lista. Ve que de sus hombres ninguno ha desertado y ordena autoritario:

—¡Cuatro jarros para empezar, paga la barca!

El Colorín, adiestrado, se acerca al mostrador, al que apenas llega, y va sirviendo. El primer vaso es para el patrón. Ya nadie se acuerda que hay que comer. Hoy la pesca fue regular y es día de beber.

Si alguno pide una sardina en aceite, un tomate adobado con sal, una molla de bacalao, que no se le ocurra ofrecerle al tío Campico. El, teniendo el vaso por delante, hace como que no ve y, con su voz ya enmarañada por el vino, dice tartajosamente: «¡Para acompañar al vino, palabras!»

A las cuatro, a las cinco o a las seis de la tarde, según las circunstancias, la taberna se va quedando vacía. El Colorín sale con los últimos. Y a veces se vuelve para pedir fiado su último vaso.

Antonia, la dueña de la taberna, se lo sirve. El Colorín, poniendo cara de conejo, le sonríe agradecido. Ella, que en una libreta traza una raya o más por vaso fiado, al Colorín no se lo anota. Es el único cliente ante el que se siente generosa.

El Colorín llega a su choza o se queda en el camino. El no tiene mujer ni hijos que le recojan. Pero si no puede con el vino que lleva en el cuerpo se echa en cualquier parte. Es como una piedra más entre la tierra... Y la luna... y las estrellas le cobijan. En cierta ocasión, estando tumbado en medio de la calle, una caballería enganchada a un carro, que corría espantada y sin

carrero, se paró mágicamente al llegar ante él para no aplastarle. A las voces de los que, asustados, presenciaron el hecho, el Colorín se despertó. Se levantó tranquilo y acarició la caballería, que prosiguió su marcha.

El Colorín elevó sus ojos al cielo del Sur.

III

El Colorín respetaba a los animales. Nunca se le vio perseguir a ninguno, como hacen otros niños. Sin mostrarse mimoso con ellos, molestándole las zalamerías de los perros, les echaba sin espantarles. E incluso era conocido de la jauría de perros del Zapillo, que a él, como excepción, no ladraban ni de día ni de noche.

Pero una tarde, viendo que una pareja de carabineros azuzaba a un perrazo contra un chucho feo y sarnoso que estaba a punto de ser descuartizado, se metió entre ellos y se lo arrancó a la fiera del hocico. El perrazo, impávido, dejó de acometer a su víctima. El Colorín, amoroso, se echó en sus brazos al pequeño can y se lo llevó. Desde aquel día, sin quererlo, fue el dueño del perro más horroroso del Zapillo.

Propietario ya de algo en su vida el Colorín, y precisamente de un perro flaco que no es propiedad que desear, se encontró con un problema que no era distinto al suyo: el perro también comía. ¿Cómo alimentar al chucho? En su cabeza tuvo entrada sólo una idea: abstenerse de unos vasos de vino, diariamente, para con ese pequeño peculio sostener a «Macarrón», que era como llamaban al can. Y lo dicho: el perro encontró su despena en la limitación del único vicio de su amo. Hasta entonces «Macarrón» no había tenido dueño.

No le fue mal al perro junto al Colorín. Engordó y se puso lustroso..., y hasta probablemente fue envidiado por la perrería depauperada de la barriada. Si «Macarrón» se mostraba satisfecho, el Colorín se sentía halagado. Había oído decir en más de una ocasión:

—¡Es el perro del Colorín!

¡Qué pequeña y qué grande vanidad al mismo tiempo! Y es que para el Colorín, sin nada en la vida, «Macarrón» era como una costosa joya. Joya que él no había querido, sino que se la había encontrado y cuidaba por profundo amor a todo.

IV

La noche acaba de ser triste. Llovió mucho y el Colorín, que estaba lejos del Zapillo, tuvo que pasarla con «Macarrón» medianamente guarecido en una vieja choza de la playa, desechada para los carabineros. Soñó. Se contemplaba vestido de marinero y a bordo del cañonero «Lauria». ¿Cómo era posible tal milagro? Pero debía ser así, ya que incluso en la manga de la marinera llevaba galón de artillero.

El Colorín, tenemos que explicarlo, ha venido esperando inútilmente su alistamiento sin que nunca le llamaran. Los hijos del tío Campico habían vuelto del servicio; de los Rondines, que eran tres hermanos, el más joven, y mayor que él, se encontraba embarcado en el «Alfonso XII». Y él, mientras, sin esperanzas de ser alistado.

Se sentía abrazado a este sueño cuando «Macarrón», anunciándole el día, se le acercó mimoso y, lamiéndole las manos, le despertó. El sol despuntaba por cabo de Gata y las gaviotas, bellísimas en su vuelo, habían comenzado ágiles su pesca, interrumpiendo el silencio de la mañana con su disonante griterío. Aquello era prefacio de abundancia de pescado.

Se incorporó rápido y se acercó a la orilla del mar para humedecerse los ojos. Ya no podía entretenerse. Echó a andar hacia la Punta, lugar donde vararon el día anterior; casi con seguridad estarían calando el primer copo. «Macarrón» le seguía como mostrando cierta curiosidad. Porque, adelantándose al Colorín, se paró. El can, sin duda, acostumbrado a las caricias de su dueño, las echaba de menos.

Tan impertinente se puso con sus paradas, idas y venidas, cruzándosele entre las piernas, que a punto estuvo el Colorín de

caerse de bruces en la arena. Miró al perro y, viendo su extraña inquietud, decidió pararse y le acarició.

—¿Qué tienes, «Macarrón»? —le preguntó, como si hablara con una persona.

El perro se sosegó y el Colorín, como volviendo a soñar, le colocó el rollo de su más querida ilusión. ¿A quién, no siendo a «Macarrón», podía contárselo?

Decidió pararse y se sentó en la arena; cogiendo en sus brazos al perro le fue diciendo:

—«Macarrón», tú me acompañas porque te apetece o te conviene. Tienes en este momento lo que deseas... Yo, que he deseado poco en la vida, no he conseguido ser marinero del «Lauria». Los que fueron niños conmigo, unos antes y otros después, todos han sido marineros. Estuvieron en Málaga, en Cartagena, en Cádiz y hasta en América, en una capital que le llaman La Habana. Todos ellos tienen algo que contar; yo, no. Al Colorín, que es pescador de verdad, de los pies a la cabeza, no le han llamado. ¿Y por qué, «Macarrón»? No lo sé, no lo comprendo. ¿Es que mi nombre no está escrito en ninguna parte? Por pequeño, no; tú ves que soy tan útil como el pescador que más. ¿Es que ser grande o pequeño importa a la hora de sentirse hombre? Ahí tienes al Morrongo: es grandote como una vaca y sólo sirve para arrollar la cuerda. Lo que yo hacía teniendo nueve años.

Saltó «Macarrón» de los brazos de su amo y emprendió una carrera. El Colorín, todavía como soñando, se levantó y, como un autómatas, volvió a echar a andar.

Al rato divisaba la barca del tío Campico.

Pasó el Colorín unos malos días por culpa de aquel sueño. ¡Malditos sueños que perturban a veces una vida tranquila! Quizá sean un veneno, un incentivo para gente pobre que se conforma con nada. Los sueños no dan alas para separarse de la realidad, en la que el hombre viene a hundirse después con desesperación. Un sueño feliz, como un buen hospital, no mitiga el dolor de nadie. Sólo antes y después está la realidad de la vida.

Pasado ya el período de crisis, vivo en su pureza humana, el Colorín volvió a encontrarse a sí mismo.

Su alegría de siempre le acompañaba. La sana alegría del

Colorín, que no está unida a nada personal, sino que obedece como al eco callado de un silencio interior.

¡Bendito Colorín! Con él va la felicidad sin saber cómo ni por qué. ¿En lo pequeño, reducidísimo, me pregunto, estará la verdad? El Colorín, sin saber nada de nada, parece ir afirmándolo. Y no lo pregona. ¿Quién se lo creería a él, tan poca cosa, tan nada?

V

Si el campo tiene plagas y heladas y sequías, la mar está acompañada de corrientes y temporales que merman su productividad pesquera.

Es el caso que tras una «corría» de Levante, como se dice en el argot marinero, sin poder salir a pescar las embarcaciones de arrastre, azotó un fuerte temporal de Poniente que recrudeció la paranza de los pescadores hasta límites angustiosos. Ya no fiaban a nadie; el pequeñísimo crédito de que disponían estaba agotado. Y alguien, un tendero apodado «Cara de Palo», se había permitido decir a las mujeres que demandaban su ayuda:

—¿Queréis arruinarme?... ¿Con qué me vais a pagar si el mar parece que se ha secado?

Cundía en la barriada del Zapillo el desconsuelo, los pescadores miraban al mar angustiados y sin esperanzas. A la taberna de Antonia sólo entraban ahora labradores... Ni un pescador aparecía por ella... ¡Si no les fiaban el pan, cómo iban a fiarles el vino!

Andaba la fe por los suelos, se oían lamentaciones por todos lados, y el Colorín, que estuvo perdido muchos días, apareció de pronto aquella tarde.

—¿Dónde te metiste? —le preguntaban unos.

—Creímos que habías emigrado —le decían otros.

—He venido —contestaba a todos— porque mañana casi seguro saldremos a pescar.

El Morrongo, zafio y barbarote, le atajó:

—¿Es que te hablas con Dios?

No lo miró siquiera el Colorín y siguió andando. Se fue hacia un corro donde estaban el tío Campico y el mayor de los Rondines. El primero recontaba, no sabemos por qué vez, distintos temporales que había conocido. Pero como éste de ahora —decía—, ninguno. Observó al Colorín y le preguntó:

—¿Dónde estuviste, Colorín? Si no te conociéramos, diríamos que te has portado como un desertor. Quince días son muchos días. En nuestra barca ya contamos con dos bajas... Dos que se han ido a destripar terrones. ¡Desgraciados! ¡Qué poca espera han demostrado! ¡Ya vendrán del campo maltratados por José el de la Viuda, o el Ropero! ¡Menudos sabuesos están hechos los labradores enriquecidos! ¡Cuentan antes de acostarse hasta el último pimiento que tienen en los bancales!

—Debes comprender —dijo uno de los presentes, Paco el Minchi— que si en la mar no hay pan tendremos que ir a buscarlo a otra parte.

—¡No todos! —respondió el tío Campico—. ¡Con los Rondines y el Colorín cuento yo! Lo que pasa es que muchos os parecéis al desvergonzado del Morrongo. Para él han sido estos días: no trabajó y ha comido pidiendo. ¿Qué, Colorín, tú qué dices? ¿Pasas hambre?

—Hartura no tengo, tío Campico. Yo no sé pedir, y eso que hay quien me ofrece. Pero este temporal se acabará pronto. Tengo la corazonada que mañana podremos pescar.

—¿Estás loco o lelo? —le dijo el Rondín—. ¿A quién se le ocurre tamaño disparate? El temporal no está por amainar... Y después tendremos mar gruesa muchos días.

—Sí. Pero ¿por qué no puede acabarse el temporal hoy mismo?

Aquella tarde, si bien el viento redobló sus fuerzas al ponerse el sol, apuntando ya la noche, con las primeras estrellas, cedió primero y después se calmó, y a eso de las doce la mar estaba serena.

Al día siguiente la barca del tío Campico caló sus redes cinco veces y la pesquera fue abundante.

«Cara de Palo» abrió nuevos créditos a los pescadores y en la taberna de Antonia se despachó mucho vino.

El Colorín, que no tenía ya a «Macarrón», había muerto meses atrás, cogió una «melopea» de abrigo. A él y al tío Campico hubo que sacarles de la taberna a rastras.

VI

Volvemos atrás, nada tendrá de particular hablando de un perro, que anda y desanda los caminos, para referirnos a la muerte de «Macarrón», que ayudó a Colorín a despertar de su sueño de ser marinero. Una mañana vio tomar la bocana del puerto al cañero «Lauria». La ilusión por el barco tiró de él y le llevó a Almería para contemplarlo desde el dique donde estaba atracado. Se extasió viendo hacer la guardia, con los movimientos que ejecutaba la marinería, con el toque de fajina y, por último, con el espectáculo de arriar la bandera al toque de oración. ¡Qué no hubiera dado por quedarse en el «Lauria»!

Cuando regresó a su choza, cansado y triste, notó la ausencia de «Macarrón». Salíó a buscarle. Le llamó a voces, pero no apareció.

Pasado un rato, Frasquita la Colorá, una de sus vecinas, que estaba despierta, se asomó a la puerta de su choza y le gritó: —¡Colorín, a tu perro le atropelló esta mañana Pepe el de la Viuda con su caballo, y los chiquillos que le recogieron muerto le han tirado al mar. Y le atropelló porque quiso! ¡Es un canalla!

El Colorín, en aquel momento, hundió al «Lauria» en su memoria. El había tenido la culpa. Pasó la noche acongojado por la muerte de su buen compañero.

Llegó a considerarse tan culpable de lo ocurrido a «Macarrón» que se propuso no preguntar nada ni escuchar lo que se le hablara de él. ¡Pobre «Macarrón», tan bueno y dócil y agradecido! Este fue su último recuerdo para el can. El epitafio que grabó en su mente.

VII

Ha vivido el Colorín encerrado en la especie de semicircunferencia comprendida entre el castillo de San Telmo y cabo de Gata. Y hoy, que cuenta sesenta años corridos, todavía le vemos por las playas del Zapillo animoso y niño. En su pequeñez física, mermada a cuenta de los años y el trabajo, agrada contemplarlo como un símbolo de paz... Como hoja del árbol humano que no ha sido arrastrada ni por la ambición ni por la pasión... Para él la vida fue igual cada día, cada minuto. La barriada del Zapillo, donde siempre habitó, habrá ido cambiando de moradores... Unos llegan y otros se van engarzados indefectiblemente a la ley inexorable del tiempo... El Colorín, que es uno más entre los hombres, también un día dirá adiós. Pero nos sospechamos, sin saber por qué, que su adiós va a ser distinto al de todos. Y lo hará sin que nadie le llore y quizá sin que nadie se entere... Probablemente ni él se dará cuenta.

* * *

Yo te recuerdo en estas horas, Colorín, y estoy lejos. Y al recordarte pienso: ¿Qué distinción merecerás tú de las muchas que otorgan los hombres a otros hombres? Quizá tu nombre, el de Colorín, haya sido tu solo premio.

PILLOLO

(NARRACIÓN DE UN PUEBLO)

Perezosa e indiferente, como un lagarto que se tumba al sol, era, y es, la ciudad de Villa Claudia. A nosotros, y a cualquiera, da la sensación de una ciudad muerta que está organizando una exposición retrospectiva en recuerdo de ella misma.

El pulso de la ciudad es anecdótico, está lleno de virtuosismo palabrero: una conversación se inicia a la izquierda; otra, a la derecha. Se vive para hablar y para escuchar, mitad y mitad, o se habla más que se escucha. El reloj no certifica horas de trabajo, sino horas de sol derramado en abundancia; el termómetro está siempre en alza y el clima es cálido. Tan potente es el oro del sol, cae en cascada sobre esta tierra, que los ojos padecen los efectos de la luz. Por esta razón, es posible que se oiga con tal avidez que los ojos se cierran para que hagan de oídos. La peripecia de la vida aquí es la palabra, confesándose con pasión fervorosa.

Un café, el café América, es como si dijéramos el corazón de Villa Claudia: en él late toda la vida ciudadana.

Logra este café anotarse en su haber una situación privilegiada y particular: se encuentra en su principal avenida y frente a una calle por donde necesariamente se efectúa la entrada

de viajeros llegados en ferrocarril. El café anota el censo de viajeros de la ciudad como un fielato de mercancías.

A la hora de llegada del tren, al mediodía precisamente —la ciudad tiene un solo tren por todo servicio—, son muchos los asiduos al café América que echan una ojeada a los coches de caballos que hacen el servicio de la estación y comentan:

—¡Hoy tenemos aves de paso entre nosotros! Serán viajeros aburridos que vienen a traernos alguna novedad.

Y los nombres de cuatro o cinco comerciantes de la ciudad vienen a la mente de todos.

Nunca, a esta hora, falta al café América Tomás Blanco, uno de sus capitanes voceros y estadístico número uno de la noticia fresca. El pronto se entera del nombre del que acaba de llegar y a qué viene. Enciende su cigarrillo, pide un ponche —café con coñac— y, a pie del mostrador o barra, digno, a unos y a otros da la ficha exacta del forastero recién llegado. De los cinco que han entrado aquel día, según Blanco, cuatro son viajeros. Y completa su información diciendo lo que cada uno representa. ¡Ah!, pero el quinto viajero..., lo terrible acerca del quinto viajero es que viene a quedarse en la ciudad. Le ha traído don Armando, el recaudador de contribuciones, como auxiliar de la Recaudación. Don Armando estaba a la caza de un sujeto que apretase las esposas a los morosos al fisco. «¡Sin duda ya lo ha encontrado!»

No había acabado su relato, lleno siempre de detalles, y don Antonio Sánchez, abogado en ejercicio y persona prestigiosa en la ciudad, que está a su lado, levantó la mirada, se movió agitado y le dijo con cierta calma:

—Sí, hijo; otro saltimbanqui que nos viene llovido del cielo... Otro «pillolo» más para unir a la lista de los que padecemos.

—¿Qué quiere decir, don Antonio? —le preguntó Blanco.

—«Pijolo» o «pillolo», diremos «pillolo» —es menos altisonante el nombre—, les llamo yo a todos los forasteros que se quedan a vivir en Villa Claudia. Todos se hacen pronto amos de la ciudad y viven mejor que nosotros. Es una plaga que padecemos y de la cual no somos capaces de salvarnos. Por lo visto aquí tenemos que vivir así. Yo he gastado muchas pala-

bras en este tema, como el calamar derrama su tinta para defenderse, pero de nada ha servido. ¡Estamos haciendo siempre de «indios» de todo el que llega! Amigo, ¿es o no es así?

Tomás Blanco se desentendió pronto de la conversación. Sin duda pensó que él no estaba para monsergas. Una cosa es criticar, hablar por hablar, y otra, reflexionar. El criticaba, que es lo interesante, pero lo demás ni le importaba. Y es posible, pero muy posible, que, dentro de la lógica de su escaso entendimiento, se dijera para sí: «¡Vaya un tío “caneco”! ¡A lo mejor se ha creído que está defendiendo un pleito!».

El caso es que se dio media vuelta y, disculpándose, dijo:

—Dispéñeme, don Antonio. Tengo que ver a aquel señor.

Don Antonio, comprendiendo el poco efecto de sus palabras en aquel jovenzuelo, volvió a saborear su ponche; él se tomaba tres o cuatro seguidos: era el «harakirizante» mental que se precisaba para vivir allí. Y como quien da un papirotazo a un trozo de papel, se sacudió sus ideas. «¡A vivir a fuerza de ponches y a no pensar!», debió decirse.

Pero el nuevo «pillolo» que acababa de llegar a Villa Claudia no era un «pillolo» más: se trataba del caballo de Atila, que venía a mirarse en el espejo de la ciudad.

El cielo estaba azul y la temperatura era de 20,2 grados el 15 de enero.

* * *

La vida en Villa Claudia, en su generalidad, está estereotipada como una ciudad siempre en domingo, en fiesta dormilona y sin sonido suficiente. Se discute en los cafés, o principalmente en el café América, a las horas del sol y de las estrellas. Se marchita el tiempo. La regla para la gente joven no es más entonada: o se pasea por el parque, a orilla de su muelle —deshabitado de buques de tonelaje—, o por el paseo de la ciudad. No cabe fijar una fecha recordatoria de ningún hecho importante. Las páginas del libro de la ciudad están en blanco. Entre su pasado, que reza como esplendoroso, y el presente se abre una larga pausa. Hablando, como se habla, mucho, todo puede de-

cirse que es insignificante palabrería... Un mundo de palabras; pero de palabras con alas cortas y sin entonación de vuelo.

De mesa en mesa, recorriéndose las ochenta y tantas del café América, las conversaciones son las mismas y están al borde de cómo vive Fulano y de cómo hizo el dinero Mengano.

Mas este día, que es martes y uno no cree en días fatídicos —¿qué quiere decir «eso»?—, llegó al café América el murmullo de un accidente que acababa de producirse.

Tomás Blanco, trepidándole la voz de emoción, entró diciendo a un amigo:

—Es cierto; acabo de verlo... Indalo Palencia, el cochero de los puros, se ha tirado al mar en el espigón del muelle de Levante con el caballo, el coche y el colchón.

—Pero ¿es posible? —le preguntaron los amigos y algunas otras personas.

—Os digo que ahora están tratando de sacarle del fondo del mar. Allí está la autoridad de Marina con los buzos.

Y agregó con sorna:

—¡Claro que quienes tratan de sacarle son los buzos! Esos hombres que no fuman y se pasan la vida pendientes de su respiración.

Blanco fue requerido de mesa en mesa, como un torero dando la vuelta al ruedo, y tuvo que responder a toda clase de preguntas.

Una señora, la del director de un Banco, que por lo visto conocía a Indalo porque la había dado servicio con su coche llevándola con sus hijas a la playa durante todo el verano, dijo a su marido:

—Oye, Joaquín, ¿ese hombre debía algo al Banco?

—¡No, mujer, no!... Al Banco sólo le deben dinero los que tienen capital o aparentan tenerlo.

—¡Ah! Creía que había podido sucederle lo que a don Luis, que al no poder pagaros se colgó de una viga.

La señora se quedó tan «pancha» y todos sonrieron, menos su marido. El, que se sentía siempre como un hombre con «smoking» —su cargo se lo imponía—, debió mirar al techo y decir para sus adentros: «¡Tierra, trágame!». «¿Cómo me casé

con esta mujer?». Ahora no se acordaba que cuando se casó era un chupatintas del Banco, y ella, hija de un posadero algo adinerado.

En el café se había extendido la noticia, y muchos de sus contertulios sintieron escalofríos. Se recordaba a Indalo como un hombre bonachón cuyo único vicio consistía en llevar siempre una colilla de puro en la boca. Aquella colilla tan popular que había hecho decir a muchos claudinos: «¡Apuras más el puro que Indalo el cochero!». Ahora el pobre Indalo yacía en el fondo de la bahía.

Dentro de la tragedia flotaba una nota cómica que intrigaba a la gente: «¿Por qué llevaba el colchón en el coche?». El misterio era digno de descubrimiento.

A las pocas horas del suceso, el abogado don Antonio Sánchez deshacía la incógnita. Digamos que Indalo Palencia tenía su cochera lindando con la casa de don Antonio. El había sido uno de sus mejores suministradores de colillas de puro. Era raro el día que no le proporcionaba cuatro o cinco.

El muro ante la muerte de aquel hombre no era tal... Había quedado abierta una puerta para que todo tuviera justificación. La criada del abogado, muchos años a su servicio, pudo aclarárselo al llegar a casa:

—A eso de las cuatro de la tarde, cuando Indalo llegaba con su coche para comer, le esperaban dos hombres: eran recaudadores de contribuciones. Uno se llamaba Sanguino; del otro no recuerdo el nombre. Apremiaron a Indalo para que pagase unos recibos de contribución: unas dos mil pesetas, con costas. ¿No se dice así? —preguntó a su señor. Y oyendo que sí, continuó—: El pobre Indalo protestaba. Decía no deber nada y hasta le preguntaba a Sanguino: «¿Pero se atreve a negarme a mí que le tengo entregado ese dinero y más?». Y después se dirigió al otro hombre agregando: «¡Yo le he pagado a este canalla y él nunca quiso entregarme los recibos!». Medio manotearon y, por último, le embargaron el coche y el caballo. Nadie quería ser depositario del embargo, pero don Feliciano, el maestro, tan ordenancista siempre, se prestó. Firmaron unos papeles, por lo visto, y la cosa quedó resuelta. A las dos horas, no debieron

pasar más, Indalo salió con su coche y le vimos cargar el colchón. Don Feliciano trató de impedirselo, pero él no le hizo caso. Y por muchó que gritó: «¡Represento a la ley y ustedes deben de ayudarme! ¡Se lo exijo!». Nadie se movió y todos le vimos partir con simpatía. El pobre Indalo se fue fumando una de las colillas que le di esta mañana. Calle abajo se puso de pie en el pescante y, agitando el látigo, nos gritó: «Adiós, hasta la otra vida!». Todos nos reímos. ¡Quién se iba a suponer, don Antonio, que se despedía de verdad! ¡Pobre hombre!

La criada, al terminar su relato, prorrumpió en llanto.

* * *

La noticia del suceso se había extendido por toda la ciudad. Indalo Palencia estaba en boca de todos los claudinos. Allí donde se veía a un cochero, mujeres y hombres le rodeaban. Todos inquirían sobre los motivos que habían impulsado a Indalo a tomar tal decisión. La verdad era que nadie sabía la razón en aquel momento. Sólo don Antonio Sánchez estaba en aquella hora en posesión de la verdad de lo acontecido.

El bar Imperial, que es el segundo centro de reunión de Villa Claudia, con la particularidad que a él concurren los más pudientes, los que no se conforman con un café y palabras, sino que abren botellas de manzanilla y las acompañan de jamón de Trévez, o de ricas y sonrosadas gambas del Mediterráneo, con sus reservados para reuniones de amigos, clientes siempre fijos, guarda entre éstos a don Armando, el recaudador de contribuciones, su abogado y amigos íntimos. El camarero que les sirve, un tal Mariano, les acaba de dar la noticia. Ninguno de los reunidos se conmovió mucho y continuaron mondando camarones y bebiendo vino.

Pero estando el Imperial en contacto telefónico con el café América, los camareros no sólo tienen la obligación de servir a sus clientes, sino, además, de informarles de cuanto sucede. Así que pronto se les envió la noticia de que don Antonio Sánchez había estado en el café América poniendo a todos al corriente del suceso. El nombre de Sanguino, auxiliar de la Recaudación de

Contribuciones, empezó a sonar como causante de la muerte de Indalo el cochero.

Mariano el camarero, que se había enterado de todo, se fro-
tó las manos de gusto y, después de hacerse algunas reflexiones
mentales —«¡Bien!... ¡Maravilloso!... Ya tengo la noticia bomba
para don Armando y sus contertulios»—, penetró en el reser-
vado.

—Don Armando —comenzó diciendo—, obligadamente debo
advertirle que está aclarado todo en el suicidio de Indalo. Se-
gún nos acaban de comunicar desde el café América, ha sido
su empleado de usted, señor Sanguino, el verdadero inductor. A
esta hora don Antonio Sánchez está preparando una querrela
contra él y sus cómplices. Además, se propone reclutar gente
para ir al Gobierno Civil y pedir al gobernador su intervención
para esclarecer los hechos. Si a usted le parece, cuando llegue
Sanguino le digo que no vinieron. Quizá en estos momentos
pueda perjudicarles su presencia.

Don Armando, que mondaba una hermosa cigala, como si no
le importaran las palabras del camarero, le ordenó:

—Déjese de estupideces, y si viene el señor Sanguino, que
pase. ¡Márchese y no vuelva a entrar hasta que se le llame!

—Perfectamente, don Armando. Yo sólo quería que usted es-
tuviera prevenido. Entre la gente que hay en la barra se dicen
mil cosas.

Iba a salir el camarero y don Armando le llamó:

—Espere, Mariano; tengo que decir algo para todos esos
desocupados. Hágales saber que don Armando Fuentes está aquí
y que les invita a una copa de vino. Si ve que alguno no la
bebe, me lo dice. ¿Enterado?

—No haga caso —intervino el abogado—, se trata de una
broma de don Armando. Traiga otra botella de manzanilla y
dos raciones más de gambas.

Salió el camarero y, al abrirse la puerta, el murmullo de in-
dignación penetró en el reservado.

Don Luis, que era el nombre del letrado de don Armando,
prudentemente aconsejó marcharse.

Titubearon un rato, sobre todo don Armando, y decidieron

irse. De los cinco, dos salieron con el recaudador por la puerta de servicio, y los otros dos, por el bar.

Las calles de Villa Claudia hervían de comentarios. Todo el mundo hablaba del cochero y de Sanguino. Las exclamaciones eran las mismas: «¡Hay que matar a ese tío!».

La antigua y noble ciudad parecía haberse puesto al rojo como consecuencia de aquel hecho. Se notaba como hidrofobia en las gentes. Y el cielo estaba entorchado de estrellas brillantes. Pero por primera vez desde hacía muchísimo tiempo, en aquella tranquila ciudad se perdió la calma.

Cuando don Armando penetraba en el portal de su casa, acompañado de su abogado y de su amigo, oyó decir a dos hombres que cruzaban por la calle:

—¡Menuda se ha armado! Yo me creía que este pueblo era tranquilo.

—Ese Sanguino y algún otro, como les cojan, van de cabeza al puerto.

* * *

Francisco Sanguino, el auxiliar de don Armando, se encontraba en casa de éste. La expresión de su rostro era de terror. No hizo nada más que ver a su jefe, al abogado y a don Blas, una de las personas más consideradas de la ciudad, y se notó en él como un relámpago de esperanza. Sin duda, las sombras de sus cavilaciones encontraron un respiro. Aquellos tres hombres podían salvarle.

Fuentes, que había sabido ambientar su casa con el aparato escenográfico de una novela rosa, donde todo tenía su sello de normalidad y vida transparente, pasó al despacho e indicó a Sanguino que les siguiera. Tras de ellos, la puerta quedó cerrada para que no trascendiera el más leve comentario.

Don Armando, que era un hombre empapado de felicidad, pero que en esta hora había llegado a preocuparse, se encaró con Sanguino delante de sus acompañantes.

—Usted me explicará qué ha sucedido. ¿Es o no cierto lo

que se dice? —gruñó sin mandarle sentar, mientras él y sus amigos lo hacían.

—Yo no podía llegar a suponer —comenzó Sanguino— que el cochero iba a tomar esa decisión. Desde que estoy en esta ciudad he ejecutado más de cien embargos por orden suya... y nunca pasó nada. Ese hombre tomó la cosa muy a pecho y cometió una majadería de la que no soy culpable.

Don Armando dio unos golpes en la mesa con sus dedos, en los que lucía dos magníficas sortijas de brillantes, y le respondió:

—Usted sabe que yo no tenía idea de esa deuda..., y mucho menos de que fueran a embargar. Usted, Sanguino, ha querido enriquecerse demasiado pronto. No ha sabido tener calma. La violencia, además, no es cosa que yo le haya predicado a usted ni a nadie. Nosotros tenemos que cobrar, para eso estamos, pero en muchos casos es conveniente la paciencia.

Sanguino se acercó más a la mesa, nervioso, y le dijo:

Mi preocupación ahora, don Armando, es que está en peligro mi vida. La gente reclama poco menos que mi cabeza. ¿Qué hago? He venido a solicitar su protección.

Don Luis, el letrado de don Armando, intervino:

—No hay tiempo que perder. Lo principal es que Sanguino salga de la ciudad esta misma noche. Después..., después todo se arreglará. Yo veré a mi compañero Sánchez y trataré de que no tome parte en este asunto. En la vida hay siempre solución para todo.

Don Blas, que era hombre más bien silencioso, se llevó la mano derecha a la frente y, como quien se saca una idea muy importante de la cabeza, habló así:

—No creo, Luis que consigas nada de Antonio Sánchez... Por lo menos, de momento. Ya sabes que la tiene tomada con los «pijolos». Es una obsesión o una locura. Si se le ha presentado este momento para hacer una campaña contra el forastero, la llevará hasta el último extremo. Sin embargo, pasadas unas fechas, la gente no le hará caso. Este es un pueblo verbalista. Es decir, la gente aquí no muerde. Y creo, como tú, que es conveniente que Sanguino se ausente.

—Bien, estoy conforme —dijo don Armando—. Que le lleve el coche a Santa Paulina y que allí tome el tren para Madrid. Más vale prevenir. Y no olvide, Sanguino, que su torpeza me creará unos días de inquietud. Detesto la violencia y no me gusta andar en boca de las gentes. Tanto para mi vida como para mi hogar deseo la más absoluta tranquilidad.

Sanguino dio un suspiro de liberación.

* * *

El café América estaba rebosante de personas. Las noticias se sucedían continuamente. Había gentes que estrellaban vasos contra el suelo al grito de «¡Muera el "pijolo"!» Otros improvisaron discursos en los que, al final, se pedía siempre «¡Que se vaya "pijolo"!» Y algunos incluso habían gritado reclamando una Villa Claudia sin forasteros.

En este ambiente vivo, caldeado, las noticias que venían del puerto se escuchaban con solemnidad. La última la trajo, como siempre, Tomás Blanco: «El trabajo ha terminado por esta noche, habiéndose sacado caballo, coche y colchón. Indalo Palencia, el cochero, sigue en el fondo del mar».

Por tercera vez entraba en el café aquella noche el abogado don Antonio Sánchez, e iba diciendo en alta voz, casi a gritos, para que nadie dejara de oírlo:

—¡Ya está informado de todo el gobernador! Aquí, en esta ocasión, las palabras se van a traducir en hechos. ¡Tenemos que desterrar al «pijolo»!

Todos los concurrentes al café se levantaron para aplaudirle, y algunos, más vehementes, se acercaron a él para abrazarle. Don Antonio Sánchez, emocionado, se dejaba admirar y estrujar. Parecía un torero después de una tarde triunfal.

Y durante unos minutos no se oyó en el café más que:

—¡Es usted el número uno entre los claudinos! ¡El que demuestra más auténtico amor a nuestra patria chica! ¡Viva don Antonio y mueran los «pijolos»!

Blanco, que era como el director de orquesta y nunca despreciaba recrearse con el gozo palabrero, intervino:

—¡Bueno, dejadle que se sosiegue! ¡Dejadle que nos cuente!
Y don Antonio Sánchez, recostándose un poco en la barra del café, empezó a hablar:

—¡Paisanos! Para mí, la palabra paisano es la primera de todas, la que echa el nudo para luego ser un buen patriota. En este acto reclamando justicia estoy junto a vosotros y así se lo he dicho al señor gobernador. El ya sabe todo lo que ha sucedido en el desgraciado accidente de Indalo Palencia, el cochero hidalgo, prototipo de las virtudes claudinas, nuestro auriga principal y más representativo. Sé que muchos extranjeros que pasaron por aquí llevarán siempre la fotografía de Indalo Palencia subido en el pescante de su coche. ¡Oh, si les dijéramos lo que le ha sucedido a nuestro amigo y paisano! ¿O es que nuestros coches de caballos no son como un rosal que florece en el interior de la vida provinciana? Yo creo que sí. Y, qué duda cabe, vosotros también. A Indalo, el cochero del puro y de la más clara sonrisa claudina, nos le ha arrebatado un «pijolo». Porque Indalo, y vosotros estaréis conmigo, no se ha matado él mismo. A Indalo le ha matado un «pijolo» ayudado por otros «pijolos». Y os juro que, convertido en abogado público de la ciudad, entablaré la acción criminal, perseguiré a Sanguino y sus cómplices... Y a sus inductores... ¡Me estoy imaginando ya a uno!

Y una voz del público atronó:

—¡Inmenso! ¡Inmenso! ¿O es que don Armando Fuentes no pinta nada en este asunto? ¡Y esta tarde estaba en el bar Imperial como si tal cosa!

Pero se oyó otra voz que pedía:

—¡Silencio! ¡Que continúe don Antonio!

Halagado por el éxito, el letrado claudino terminó con estas palabras:

—Razón de más para que la investigación sea profunda. Y espero que en el juicio oral declare toda Villa Claudia. ¡Comparecerá el pueblo de arriba abajo! ¡Como en Fuenteovejuna! ¿Estáis conformes o no?

Y el café en masa, frenético, respondió:

—¡Conformes! ¡Conformes!

Y los vivos estrepitosos volvieron a repetirse:

—¡Viva don Antonio! ¡Viva el número uno de los claudinos!
Don Antonio Sánchez había desplegado ya su bandera y se retiraba ufano.

En el tránsito del café a su casa, realizado sin prisa, don Antonio se sintió gozoso entre pausados soliloquios. Creía tener ya a todos los «pijolos» cogidos por el cuello.

En el reloj de la catedral sonaron las tres. Y tres eran los futuros inculpados, según pensaba don Antonio Sánchez, el ilustre abogado, que sentía correr por su sangre el júbilo de la justicia cumplida.

Y feliz con sus pensamientos llegó a su domicilio el justiciero abogado. Pero antes de entrar en su casa, ceremonioso y solemne, se paró frente a la puerta del cochero Indalo Palencia, su vecino, y dijo para sí: «¡He de vengarte, Indalo! ¡Tú eres desde hoy el primer patriota de este pueblo!».

* * *

En la estación de ferrocarril de Santa Paulina, a las seis en punto de la mañana, acompañado de don Blas López, Sanguino esperaba el tren que debía llevarle a Madrid. Este «pijolo», que huía de la quema de los claudinos, estaba invadido por el temor y por la desconfianza, ya que dejaba provisionalmente a su mujer y a su hija en la ciudad.

Don Blas le daba ánimo y le aconsejaba. Era preferible salir a correr el riesgo de enfrentarse con un pueblo enfurecido que pedía con estrépito su cabeza.

El capital que Sanguino había amasado en dos años de estancia en Villa Claudia, rodando entre ignominias, le acusaba. Era curioso contemplar cómo este hombre, decidido siempre a todo, ocultaba ahora su rostro y se escondía en un extremo de la pequeña estación.

El tren estaba a punto de ponerse en marcha y la voz de un mozo llenó el pequeño andén al decir: «¡Viajeros al tren!».

Subió Sanguino y don Blas le despidió con un apretón de manos. Las palabras se sellaron en el silencio de lo que cada uno

pensaba. El tren empezó a deslizarse lento. Las luces amortiguadas del convoy comenzaron a llamear.

La idiosincrasia de los hombres les hace conmoverse más con una felicidad que se viene a tierra, aunque la infelicidad sea merecida, que con los casos de sufrida miseria. Sin duda el mundo, más que una alhaja, es como un metal que lleva un baño. ¡Estúpida concepción de la vida! Y don Blas, un buen hombre, participaba de ella. Las lágrimas se le saltaron en esta ocasión. La vida que es así.

* * *

Han pasado varios días sobre la ciudad. Pocas personas se preocupan ya de Indalo Palencia. Sólo se comenta de pasada, como algo ya sin importancia, que siguen rastreando para encontrar el cadáver. Los buzos han abandonado su trabajo.

A la hora del vermut o del ponche —éste siempre con preferencia— se volvía a hablar de los viajeros que habían llegado aquel día en el correo.

Los contertulios seguían prestando atención a Tomás Blanco, que hoy contaba:

—¡Ha tenido gracia la cosa! ¡Je! ¡Je! ¡Je!... Sabrán ustedes, señores... que a don Antonio Sánchez no le han admitido la querrela. Yo no sé decirles cuál es la razón o los impedimentos. Por lo visto, la acción tenía que partir del fiscal y éste no encuentra indicios suficientes. Y el hombre había escrito una pila de pliegos más alta que la máquina de escribir.

Uno de los reunidos, el doctor Soler, intervino. El camarero, Pablo, servilleta al hombro, escuchaba.

—¡Quién sabe!... ¡Puede que tenga razón el fiscal y que aquí estemos todos locos! Este pueblo ha querido poner los puntos sobre las íes en un asunto fortuito. Yo no niego el abuso de Sanguino, esa «fierecilla» de recaudador; pero ¿qué culpa tuvo él del suicidio de Palencia el cochero? Hicimos una riada de un poco de agua. Y, es natural, a los pocos días todo está seco.

Pablo, el camarero, manifestó respetuosamente:

—Yo me creo que todo esto ha sido como una historia fan-

tástica. Se dijo que se había ahogado un hombre, y el ahogado no aparece; se pidió la cabeza del señor Sanguino, y se le dejó ir tranquilamente; se incitó a la revuelta, y ahora la ciudad parece una balsa de aceite. Uno estaba con el corazón oprimido, y viene un poco de viento y todo se lo lleva.

—Oye —le dijo Blanco—, ¿por qué no me traes un ponche? Quizá sea mejor que te vayas. Si no estoy viendo que nos colocas un editorial de periódico. Tú equivocaste la profesión.

Obedeció Pablo, aunque de mal humor.

Alguien llamó la atención a Blanco sobre su falta de tacto con el camarero. Pablo era una buena persona.

—A mí me pasa con este camarero sabihondo —rió Tomás Blanco— lo que con Carlitos Segorbe... Siempre parece que le está diciendo a uno: «¡Si usted lo supiera!» Carlitos, porque lee el «Times» cuando se lo traen, que son pocas veces, nos habla de paz, de guerra, de si en Alemania o en Francia... Hasta que termina por lo que más me joroba: «¡Yo no leo más periódico que éste!». Y es que desprecia a todos los que escriben en castellano, porque él no sabe escribirlo. ¡Sabios de mentirijilla yo no quiero!

La peña en pleno rió con ganas. Blanco había retratado magistralmente a un joven claudino que, sintiéndose muy «snob», despreciaba su paisanaje como algo atormentador para él.

Así fueron pasando días y más días: diez, quince, veinte. Y el sol seguía poniendo su nota de vida en la dormida ciudad. Porque lo terrible es que nadie hacía nada en absoluto. Se contemplaba la vida como si la vida no existiera. Allí estaba todo por hacer.

Frente a esta apatía, el abogado don Antonio Sánchez no cejaba en sus intentos de seguir un procedimiento contra Sanguino y sus cómplices, o los que él consideraba como tales. El seguía firme en su pelea contra los «pijolos». Pero ya nadie le secundaba. Su pluma y su verborrea eran como los chirridos agudos de una cigarra. Más bien dormían a la gente que la despertaban.

La Prensa local, compuesta por tres periódicos diarios, tam-

bién había enmudecido. Ya no preocupaba siquiera encontrar el cadáver de Indalo para darle sepultura. Esta fue la última ventana que se cerró para don Antonio.

* * *

Este café América, tan abierto a la calle y tan recogido como una caracola, porque en él todo tiene eco, pronto olvidó la catástrofe.

Y un día se estremeció igual que se había estremecido dos meses antes. Y si entonces fue por la amargura del caso de Indalo Palencia, el cochero más conocido de la ciudad, ahora también producía este estremecimiento el cochero Indalo.

En un día que el tren correo llegó a su hora exacta, algo que tenía la particularidad de no repetirse con frecuencia, Indalo Palencia, el cochero tenido por muerto en el fondo de la bahía, hacía su aparición.

Llegaba frente al café América de pie en el pescante de un coche de caballos y le seguían todos los coches de punto que habían ido a la estación de ferrocarril.

El griterío de sus compañeros era ensordecedor.

Indalo, firme en el pescante, agitaba el látigo y sonreía. Era ésta una aparición misteriosa que borraba algo para siempre.

Había gente que abría la boca y exclamaba: «¡Pero cómo puede ser esto!» Otros no disimulaban su sorpresa. Y Pablo, el camarero, el tachado de sabihondo por Tomás Blanco, pudo gritarle a éste lo que había llevado callado durante mucho tiempo: «¿No le decía que el ahogado no aparecía? ¿Qué me dice usted ahora? Los noveleros sabemos bastante más que las cotorras».

La presencia de Indalo en el café evitó los testarazos que pudieron haberse repartido.

Palencia saludaba a unos y a otros con igual expresión de dicha radiante. Caminaba con paso lento, con el aire de gozo de un héroe. Y era un héroe ciertamente, pero no el que había pensado don Antonio Sánchez. Era el héroe que retornaba con su propia vida cuando todos le habían dado por muerto. Era el héroe que traía la paz simbólica para el «pijolo» Sanguino.

Ahora éste podría volver y todo continuaría igual. Los «pijolos» seguirían creciendo a placer. Nadie se atrevería a molestarles.

Don Antonio Sánchez, a quien alguien había informado con prontitud, comentó:

—¡Pobre hombre, me alegro de su vuelta al mundo! Pero él nunca sabrá el daño que ha hecho a Villa Claudia. ¡Es un mal ciudadano! ¿Por qué si se fue y nos engañó no se ha quedado por ahí?

* * *

Indalo Palencia tuvo que deponer ante la justicia y explicar por qué había fingido suicidarse. El mismo no sabía por qué lo había hecho. Lo que sí admitió es que no había pensado nunca quitarse la vida. Suplicó indulgencia porque había obrado así por ignorancia y sólo fue condenado a pagar una multa.

Después la gente, cuando le vio con un nuevo coche, hizo correr la voz que don Armando Fuentes se le había regalado. En su nuevo carruaje, tirado por un buen caballo, paseó muchas veces a Luis Sanguino, a su mujer y a su hija.

Y Villa Claudia se sumió nuevamente en sus sueños. O algo peor: se durmió, roncando de satisfacción, eternamente.

* * *

El rencor de don Antonio Sánchez fue subiendo como el termómetro en el mes de agosto. Y un buen día, desesperanzado viendo la prosperidad de tanto «pijolo» y el poco progreso de la ciudad, murió. Su muerte no fue ningún enigma para los médicos. «Falleció de asco al "pijolismo"», según certificaron.

Y éste fue el fin de aquel hombre y de esta pequeña historia. Luchar contra el destino de un pueblo es siempre batalla perdida.

LA MUERTE DE UN SUEÑO

(NOVELA)

Acabo de llegar a Almería. Es el 18 de mayo de 1960. En este mismo día hace treinta y ocho años partía con mis padres camino de la emigración. El barco que me ha traído era italiano. Me hospedo en el hotel Simón y me estoy preparando para salir. Desembarqué en Cádiz el día 15 y desde allí fui a Granada. He llegado en el expreso Madrid-Almería, con el que enlazamos en Moreda. Confieso que Granada me ha maravillado. Pero no por eso ha logrado retenerme. Seguía abismado en la idea de llegar a Almería coincidiendo con la fecha de nuestra salida y tras de la sombra que sigo desde mis doce años. Una idea fija puede más que la voluntad.

Admirada por esta constancia de mi recuerdo, mi madre, que era la única persona que lo sospechaba, solía decirme: «Vas para santo, hijo, y no es por tu fe religiosa, que la tienes, pero que no es tan fuerte como para que Dios te lleve por ese camino, sino que es tu romanticismo el que te conducirá por ese sendero».

¡Nunca he olvidado estas palabras! Me las dijo con gran naturalidad y sin deseo siquiera de confesión por mi parte. Mi madre sospechaba la causa de mi estado de ánimo, como ya he dicho, pero desconocía a la persona que uniera a mi pensamien-

to. Y lo más importante es que no trató de averiguarlo nunca. ¡Qué virtud tan sabia la de mi madre! Sin embargo, ni esta su discreción borró de mí la fuerza de la imagen querida. Creo que he mantenido en mi memoria un amor que no ha existido, pero que en mí ha sido realidad. He visto crecer a ella, a Luisa, a la vez que he ido creciendo yo mismo. La he visto hacerse mujer como yo he sentido que me hacía hombre.

Estoy en la calle, en pleno paseo de la ciudad, y recuerdo que todo estaba casi igual hace treinta y ocho años. Sólo han desaparecido algunos cafés que se han transformado en bancos; hay más quioscos de periódicos y su construcción es moderna; las tiendas casi en su totalidad siguen antiguas y poco atrayentes. El café Colón, con cinco ventanales a la calle y una barra que comienza junto a la puerta de entrada, está repleto de público. Pienso cómo será posible que a estas horas claves de trabajo haya tanta gente desocupada. Para mí esto es una revelación: el tiempo no ha pasado por esta ciudad. Aquí las gentes se suceden no diciéndose «¡Adiós!», sino «Hasta luego». Unos hombres vienen tras de otros hombres sumergidos en el mismo fatalismo. La caravana de personas se junta en un viaje igual sin ruptura alguna. El siglo pasado está soldado con éste en lo externo de las cosas y en lo íntimo de las personas. Me dan ganas de gritar para despertar a estas gentes. Veo un pueblo como atado, viviendo del milagro de su buen clima.

Encamino mis pasos a un lugar fijado por mí con anticipación. Una voz interior me guía con soltura, entre varias calles en zig-zag, a la plaza de Santo Domingo. En una casa antigua, situada frente al colegio del Milagro, en los bajos, había vivido yo. Dos casas más allá, en la misma acera, la persona que busco con ansiedad. Soy el inventor de un amor que he alimentado en mi imaginación y que ahora, con cincuenta años, quiero revivir. Doy, nada menos, un salto de treinta y ocho años. ¡Qué poco debe haber corrido el tiempo por mí! Y aquí estoy esperando, hipnotizado por el recuerdo de un amor de la niñez, ni siquiera de la juventud, que constantemente me acompañó.

Recorro la casa con los ojos, sus balcones y ventanas; obser-

vo el portal con sus zócalos de mármol blanco, igual que antes. De buena gana llamaría al timbre para preguntar:

—¿La señorita Luisa?

Me imagino en la salita, entrando a la izquierda, y tras de una corta espera verla aparecer como la dejé.

Pero luego recapacito y la historia que yo mismo me he creado queda en suspenso. «¡Dónde vas, insensato!», me digo. Quedo abrumado y descompuesto. Me he humillado yo mismo.

En un paréntesis de calma, de centralización lógica, observo que las puertas del Instituto están cerradas. ¿Es día de fiesta en la ciudad? Pregunto a un viejo que toma el sol en un banco:

—Oiga, ¿es que el Instituto ya no está aquí?

El anciano me repasa con su mirada y me dice:

—No, señor; lo trasladaron al edificio de la Escuela de Artes y Oficios. ¿Usted falta mucho tiempo de aquí?

—Sí, bastante; treinta y ocho años se cumplen hoy mismo.

—Se fue de Almería hecho un niño. La Escuela de Artes y Oficios se terminó después. Nadie en Almería comprende por qué se hizo ese traslado. ¡Que hubieran edificado otro Instituto! La Escuela de Artes y Oficios está hoy aquí. El cambio es peregrino, ¿verdad?

—Sí, ciertamente. Esta plaza ha cambiado poco. Apenas si se han revocado las fachadas de las casas. Sólo el colegio del Milagro tiene otra perspectiva.

—Sí... y esa casa. La familia Joya es una de las pocas que ha sabido conservar su capital. El dinero ha dado aquí muchas vueltas.

La casa de la que me habla el viejo es la misma en la que yo hubiera querido entrar.

—¿Usted conoce a la familia Joya?, le pregunto.

—Mucho. Yo soy teniente de Carabineros retirado y al jubilarme estuve diez años colocado con don Pedro Joya. Pero al morir éste los hijos no continuaron algunos de los negocios del padre. Digo sus dos hijos: Pedro y Luisa. Que es como decir uno, porque Luisa se casó con un ingeniero belga y se fue a vivir a la Argentina. Pedro se hizo con el capital y eliminó negocios enojosos, entre ellos el de la exportación de esparto. Yo fui

el último encargado de los almacenes. Aquí se han ido eliminando negocios como los árboles tiran sus hojas en otoño. Almería, amigo mío, ha ido a menos. Yo, y como yo cualquiera, se lo puede asegurar.

De súbito siento una gran curiosidad por saber que ha sido de Luisa, como ha ido a parar a la Argentina y adonde ha ido a vivir. Exclamo en mi interior: «¡No habrá sido a Buenos Aires!». Fijo en esta idea le pregunto:

—¿Desde cuándo vive en la Argentina la señorita Luisa?

—Desde hace unos doce años. Se casó madura, cuando ya nadie creía que lo hiciera... Aquí las mujeres cuando pasan los treinta años es muy difícil que se casen. La mujer, relativamente, tiene menos aguante que la uva de estas tierras. El marido, no recuerdo cómo se llama, vino a hacer unas exploraciones en las minas de Rodalquilar. Entonces existía en Almería la fiebre del oro. Don Pedro también tanteó este negocio. El fue quien trajo a ese ingeniero belga. Y ya ve lo que son las cosas; ahora que se saca oro a nadie de Almería le preocupan las minas. La explotación la lleva el Estado. Con Rodalquilar ya no sueña nadie.

—¿Y sabe usted a qué lugar de la Argentina se fue a vivir?

—Eso ni se pregunta. ¿Dónde sino a Buenos Aires?

Este jubilado participaba en una idea general que yo había observado: Argentina era sólo Buenos Aires. No se conocía más lugar de trabajo y de riqueza que la capital. El propio porteño alimenta esta creencia que se ha extendido por el mundo.

Y este viejo simpático, con acento característico de los hombres que han vivido siempre en provincias y que todo lo cuentan con aire de elocuencia, sigue narrando la historia de la familia de pe a pa.

Y al final, como si me diera con sus palabras una palmadita en el hombro, me dice:

—La señorita Luisa está para regresar a Almería; no sabemos si viva o muerta. Hace tres días que desembarcó en Cádiz y viene muy enferma. Ahora está en Granada, pero no se han atrevido a continuar el viaje, dada su extrema gravedad. La pobre ha empeorado y no creen que llegue a entrar en su casa, no ya por sus propios pies, sino ni viendo lo que la rodea. Ahora

voy a preguntar por ella a la vieja criada de la casa, la Tata. Si ella me ve, saldrá a decírmelo. Josefa fue el ama de la señorita Luisa. Está la pobre descorazonada. Hoy no hay servidores así. ¡Ya no hay sitio en el mundo para fieles servidores ni para personas agradecidas! Todo lo ha destrozado esto que se llama civilización. ¿No lo cree usted así?

Le contesto automáticamente «sí», pero yo estoy desentrañándome los sesos. ¿Cómo puede ser cierto todo lo que el viejo me ha contado? ¿Cómo no he sabido nada de Luisa, no por vivir en Buenos Aires, sino porque hemos venido en el mismo barco y desembarcado en el mismo puerto? Y recuerdo ahora una mujer, a la que apenas vi la cara, que subían a un auto con mucho cuidado. «¿Sería ella?», me pregunto. También recuerdo que del camarote junto al mío había visto salir varias veces a un hombre alto y delgado acompañado de una enfermera. La deformación de estos hechos frente a la ilusión que yo guardaba en mí era como un mazazo en la cabeza. ¡Qué tremenda desesperanza! Había vivido durante unos días, sin más separación que unas planchas de hierro, junto a la mujer de mis sueños, junto a la mujer que había dado aliento a mi vida. Y sin embargo, ¡qué lejos había estado de ella! No la llegué a presentir.

Me hago ánimo, pienso que el sentimiento de la persona es como un nicho donde nada se ve y en el que no se escribe siempre que se quiere, sino cuando menos se espera, y digo al hombre:

—Yo conocí siendo niño a la familia Joya. Vivía yo entonces dos casas más arriba de la suya. En el bajo de esa que hace esquina.

No he terminado casi de decirlo y el viejo me interrumpe:

—Precisamente en esa casa vivo yo desde que vine destinado a Almería. ¡Qué coincidencia! De ahí que yo conociera a don Pedro, hombre muy campeohano, y que al jubilarme me ofreciera un trabajo. Entonces usted conocería a la señorita Luisa. Será más o menos de su edad.

—Y tanto que la conocía... Me parece estar viéndola con su melena rubia salir corriendo del colegio de enfrente. Era una niña encantadora.

—Pues ya ve, amigo mío, qué sorpresa: usted está hablando con un hombre que vive en la misma casa en que vivió usted, ¡y ya hace sus años!, y ahora esa niña que conoció y de la que tiene tan buen recuerdo, no sabemos si está viva o muerta. Y vendrá a su casa, que es ésa, de cualquiera de las dos maneras. Ahora, casi seguro, no la reconocería. ¡Espere usted —me dice de pronto—, me llama Josefa! Ella me dirá cómo está la señorita.

Quedo pendiente del regreso de aquel hombre. Buen sujeto en toda la extensión de la palabra.

Algo debe de decirle a Josefa de mí, porque ésta se queda mirándome fijamente. Sin embargo no puede haberle dado mi nombre ni Josefa, de habersele dado, me recordaría.

Al regresar el viejo me dice compungido:

—Luisa no se salva. Ahora se le ha declarado una pulmonía, y aunque éstas se curan hoy mejor que un constipado, ella está muy enferma del corazón para superarla. La medicina no lo puede todo. Yo tuve una el año pasado, pero como estaba sano, los antibióticos pudieron con ella. No hubiera sido así de haber tenido el corazón hecho un cascajo...

Cansado de la perorata, me temo que no vaya a terminar nunca, le interrumpo:

—¿Le dijo algo de mí a Josefa?

—¡Hombre, claro! Y aunque parezca mentira, le recuerda a usted de maravilla. Me ha dicho, incluso, que cuando niño estaba usted ya casi calvo. Poco menos que está usted ahora.

—Sí, es verdad. ¿Pero cómo ha podido fijarse en eso después de treinta y ocho años sin verme? Bastante es que me haya reconocido.

Me despido no sin que antes me pregunte mi nombre, a qué he vuelto a Almería y dónde me hospedo. Una requisitoria en toda regla.

Cuando estoy para marcharme me dice:

—Si tengo alguna nueva noticia sobre la señorita Luisa le llamaré al hotel Simón.

Le doy las gracias cuando ya me he separado unos pasos de él y me encamino al Paseo por la antigua calle de Sagasta. Ahora tiene el nombre del General Tamayo.

• • •

Entro a comer en la Granja Balear, que es el primer restaurante con que me tropiezo. La barra del bar está invadida por gente que bebe y come. Las gambas a la plancha dejan un tufillo a marisco, a marisco fresco, que resulta muy agradable. Reina el alboroto propio entre gente que come y bebe alegremente. Los camareros repiten con voz campanuda y satisfecha:

—¡Dos de gambas a la plancha! ¡Que sean dos más!

Entro en el comedor. Hay unas diez o doce personas.

Pronto rompo mi relación con el mundo exterior, el mundo que me rodea, al que he procurado abrir los ojos tras mi conversación con el viejo jubilado. Este ha aplastado todos mis sueños con su información detallada. ¡Qué pronto puede la realidad de la vida deshacer lo que uno ha ido tejiendo con la fantasía! Aquel ideal amoroso alimentado sólo por mí, al que yo venía a buscar ilusionado, sin razón ni porqué, ha quedado destruido en menos de una hora.

Veo la imagen de Luisa Joya, a los doce años, y le abro la historia de una quimera extraña: la había visto crecer, la había imaginado año tras año hasta llegar un momento en que yo mismo la había puesto unas canas en sus sienes. Y la mujer creada en mi fantasía, labrada y hecha en sueños, me había seguido gustando. Continuaba un amor que nunca tuvo una palabra, que nunca tuvo un roce y que sólo fue obra de la mirada de un niño. Yo, como hombre de ciencia, lo confieso, hubiera consultado mi caso a un siquiatra o, mejor, a un poeta. Llegué al extremo de creer que me había hablado contestando a mis preguntas. Le había oído decirme: «Te esperaré». A veces llegué a figurarme que discutíamos como los enamorados de verdad.

El camarero, delante de mí, con seriedad de guardia de tráfico, me hace volver a la realidad:

—Me permite, señor. ¿Qué desea usted comer?

Elijo en la carta sin ningún interés y observo que un matrimonio francés abandona el comedor. Ella es muy elegante. Al pasar junto a mí siento como un escanciar de perfume.

Como reposadamente y me voy a descansar al hotel.

Al atardecer me doy una vuelta por la ciudad y llego paseando hasta el puerto. Ya no me interrogo a mí mismo ni me mezo en divagaciones. Me siento más fuerte que nunca, incluso menos cansado que ningún otro día de mi vida. La imaginación pesa sobre uno, excita y desalienta, cansa. Soy otro hombre al ver la vida en un plano de realidad precisa. Cansado de soñar, comprendo ahora que no se tiene ningún derecho sobre los sueños.

Viene a mi memoria el momento de embarcar para la emigración. Mi padre me dijo, tratándome ya como un hombre, estas palabras que siempre recordaré: «Dejamos esta tierra obligadamente, pero ella será siempre tu patria. No lo olvides».

Ahora es cuando piso tierra desde que estoy en España. Ya no estoy viviendo una quimera, sino enfrentándome con la realidad. Soy un hombre de este mundo. Veo a mi madre, en el barco en que nos fuimos, cómo resignadamente se despedía de todo con los ojos, volviéndolos esperanzadores hacia mi padre. No derramó ni una lágrima. Después mis padres se besaron, cosa que yo no recordaba haber visto antes, y nos retiramos silenciosamente al interior del buque.

Y andando, andando, corro todo el perímetro del puerto. Ya de noche entro por la angosta calle Real de la Cárcel, todavía con algunas antiguas posadas, para salir por la segunda bocacalle, a la derecha, a la plaza de Santo Domingo.

Algunas personas entran en la iglesia de la Patrona y yo hago lo mismo. Se canta una Salve a la Virgen del Mar.

Salgo del templo por la puerta lateral, la puerta que está frente por frente a la casa de la familia Joya. En los balcones hay luz. Sigo al Paseo por el mismo itinerario que había seguido por la mañana. El café Colón rebosa de clientes que se sientan en las mesas de la calle. Todos parecen conocerse y hablan fuerte.

No hago nada más que entrar en el hotel y en el «hall», que es como un patio andaluz, me encuentro frente a frente con el

jubilado que he conocido por la mañana, Sergio Fuentes, que cansado de esperarme sale hacia la calle. Se dirige hacia mí y con gracejo exclama:

—¡Caray, qué regalo es encontrarse con usted! Creí que se había disipado. Y además en este hotel no saben dar norte de sus huéspedes.

Me imagino la noticia que me trae. Le cojo del brazo y le llevo hacia dos mecedoras amplísimas con asientos y respaldos de rejilla, en las que nos sentamos.

—Usted dirá —le apunto—; aunque me supongo la noticia.

Me mira fijamente con sus grandes ojos, como buscando en mí el resquicio de la más leve impresión —se nota en él la costumbre de interrogar a la gente—, y mé dice:

—Sí, señor, es lo que usted supone: la señorita Luisa ha fallado.

Doy un gran suspiro porque la noticia me impresiona, aunque no tanto como hubiera supuesto antes de todo lo acontecido durante el día.

—Era de esperar, ¿no? —es mi respuesta lacónica.

—Sí; ella venía con la ilusión de que en Almería recobraría la salud, pero Dios no lo ha querido.

Me quedo callado, esperando que siga hablando.

—Me parece que le ha impresionado la noticia, ¿verdad, señor Martínez?

Oigo por primera vez mi apellido pronunciado por este hombre, que no puede ser confidente de nada real de mi vida, pero sí, por azar, de un sueño fantaseado al límite que he estado viviendo hasta este momento.

—Mucho, don Sergio —he buscado su nombre para centrarme en la realidad, sabiendo que estoy ante otro hombre—. Pero le ruego que no me haga preguntas. He fantaseado sobre una mujer inexistente. Luisa Joya no era más que un sueño nacido en mi niñez.

—Ya decía yo —murmura don Sergio con gravedad— que usted sólo sentía curiosidad. Y no estaba equivocado. Josefa me dijo que de niño era usted muy extraño.

De nuevo siento a don Sergio introducido en mi vida. Quizá

está pensando que ha descubierto en mí un contrabando amoroso. Repentinamente me siento molesto y me pongo serio. Quiero acabar la entrevista.

Debe notar mi reacción y se levanta para despedirse.

—Le he tenido al corriente de todo, como le prometí —y, tendiéndome la mano, agrega—: El entierro será mañana, a las doce. No creo que falte usted para así acabar de escribir su novela.

Me siento un poco turbado y no le contesto.

SONAMBULAS

LA ARAÑA EN SU RINCON

Llevo tiempo observando una araña que teje su tela en el rincón sur de mi dormitorio. Me parece que entre la araña y yo se ha ido estableciendo una corriente de simpatía: ni le soy ajeno, ni ella me lo es a mí.

Se dice que las arañas poseen un sistema nervioso centralizado que tiene alguna semejanza con el del hombre. Yo diría que la telaraña está representando la fotografía exacta de cómo se realiza un proceso de creación mental. Cada araña ofrece en su trabajo una ordenación o plan que nos maravilla a poco que estemos pendientes de su labor.

La araña que yo tengo en mi dormitorio, y que he prohibido que se toque, con gran consternación de mi mujer, teje su tela a base de componer un núcleo central en forma de espiral y de una serie de «rayos»; pero retira un par de estos rayos después de haber finalizado su tejido. ¿Dónde van estos dos rayos? A mí me parece que son dos hilos de «aviso» que van de la telaraña a su escondite.

Hasta aquí tenéis reflejado lo externo de la araña que trabaja y vive junto a mí. Una araña que me impulsa, con su ejemplo, a que trabaje. Pero es que la araña en cuestión debe conocerme tan bien como yo la conozco a ella. Hay momentos en que se deja caer, por su rayo de «aviso», sobre la mesilla de noche. Toca los libros y los papeles y me advierte:

—¡Eh, no me ves! ¡Estoy aquí!

Yo la miro y ella asciende por el hilo de «aviso» hasta desaparecer en su rincón. Allí, en su escondite, a veces, se tira hasta horas.

Como la araña y yo vamos intimando día por día, nos vamos familiarizando, le puse en la mesita de noche un azucarillo un poco humedecido que ella degustó. Hoy le he suprimido el azucarillo y la araña anduvo buscando entre los papeles, pero al no encontrarlo se dejó balancear por su hilo de «aviso» y se puso al borde del libro que tenía en la mano. Despertó la araña en mí un sobresalto: ¿podría estar diciéndome algo? Sí, sí me lo decía. Se quejaba de que no le había puesto el azucarillo.

En seguida recordé que algo parecido, aunque no le atraje con ningún azucarillo, me había sucedido con otra araña que anduvo junto al lugar que yo ocupaba en el cuartel, próximo a una puerta cerrada que daba a un patio. Mientras yo estuve allí aquella araña fue también mi compañera. Se deslizaba, en ocasiones, sobre mis hombros. Me hizo hasta cosquillas en el cuello. Animó mi servicio y me hubiera gustado llevármela conmigo el día que me licenciaron.

Estoy pensando ahora si esta araña será aquella misma que me ha ido persiguiendo en la vida. Cada uno tiene un destino fijo, del que no se puede salir, y la araña teje su trabajo bajo un plan exacto. Yo veo ya la araña de mi dormitorio como algo que juega a la par con mi vida: ¡hasta creo que tomo parte en su trabajo...! La telaraña que cada día se extiende más y más por mi habitación. Y me parece que si contara los «rayos» iba a contar tantos «rayos» como artículos he escrito.

Sé que se realizan con cierto tipo de arañas, alimentándolas con una gota de agua azucarada que contenga veneno, pruebas para determinar casos de enfermedades mentales por agentes químicos introducidos en el organismo. O sea, que la araña ha pasado también a ser un extraño sujeto de experimentación. Pero de experimentación para el estudio de las enfermedades mentales.

Me confieso amigo de las arañas, admirador de ellas, y las sitúo como insectos inteligentes que están en condiciones de dialogar con el hombre. Yo he dialogado con dos arañas, o con

la misma araña que me ha ido siguiendo, o que yo he supuesto que me ha seguido. De cualquier forma dejo constancia escrita de estas dos arañas, o araña, para que los investigadores sigan estudiando sobre estos simpáticos insectos aplicados al estudio de la esquizofrenia.

Mañana volveré a dar el azucarillo humedecido a la araña que se cobija en el rincón sur de mi dormitorio. ¡Con qué alegría descenderá y ascenderá por sus hilos de «aviso»! Las arañas son fiel retrato de nuestro pensamiento en su proceso de evolución mental. La locura es como un tejido de araña desordenadamente construido.

Y pensemos que hasta de las arañas hemos hecho pacientes para estudiarnos en nuestras perturbaciones psíquicas. La marihuana se les ha dado ya a probar a estas tejedoras que, perturbadas, realizaron su tela de manera irregular. No como solían hacerla.

La araña que está junto a mí, que desciende todos los días a dilogar conmigo, no es más ni menos que mi pensamiento buscando una proyección externa. Yo estoy también tejiendo a fuerza de silencio y soledad un pensamiento más mío y un alma más mía. El hombre sólo debe ser araña de sus ideas.

SOLEDAD SACIADA

Luis Antonio lleva un mes y otro mes, un año y otro año enfermo... El, que siempre había amado la soledad, no la había temido, ahora está saciado de ella.

Al principio recibía visitas, los amigos iban a verle (todos practicamos durante algún tiempo el acto de misericordia de visitar a los enfermos). Luego, poco a poco, los amigos le olvidaron y él se quedó solo, sin más compañía que la de sus familiares. Luis Antonio piensa ahora, con clarividencia, como si lo estuviera viendo—lo que se vive se ve—, que la soledad es semejante a la resaca de la mar: nos retira hacia adentro.

Luis Antonio ha estudiado en sus largos días de soledad, esperando a un amigo que ya no viene, o en las horas que, obligadamente, le dejan solo sus familiares, quién puede ser el que llega en el ascensor, y ya sabe si es el vecino de enfrente, o si es la muchacha, o si es el cartero... Cada uno tiene una manera peculiar de cerrar la puerta del ascensor. Y hasta de tocar al timbre. Luis Antonio sabe cuándo es su hijo o su mujer antes de llamar o abrir la puerta.

Luis Antonio lee, aunque también escribe, pero sobre todo sueña. Sueña más que lee o que escribe. Y quien sueña nunca está realmente solo. Pero con todo, la soledad se retira como la mar y nos lleva con ella. Hay un momento en que la soledad nos gana y hace de nosotros como un objeto. Entonces el solitario

siente una angustia que se extiende por toda la casa, paredes, techo, suelo, muebles, cuadros y hasta la propia cama donde se encuentra. Nada le dice nada. Es tremendo sentirse desamparado en medio de las cosas que se han hecho para el uso de los hombres: porque las cosas también hablan. Las agujas del reloj se mueven y para Luis Antonio es como si no se movieran. Y Luis Antonio, trágicamente para él, tampoco duerme. ¡Ah, si pudiera dormir...! Pasaría su angustia durmiendo. Hubiera, quizá, esperado a los suyos en un duermevela. Para Luis Antonio la gente que duerme, que puede dormir a cualquier hora y en cualquier lugar, tiene su tranquilidad comprada. A Luis Antonio no le llama ni el sueño. El sueño es un personaje importante dentro de la vida del hombre: nos pone algo en la cabeza y nos cierra los ojos para que descansemos. Cuando Luis Antonio despierta, las pocas veces que duerme, se siente otro hombre: se acuerda menos de la pared, del techo, del suelo, de los muebles, de los cuadros. No oye que la soledad, colmada, le llama:

—¿Luis Antonio?

Y que él responde:

—¿Qué?

Y que la soledad le dice:

—Escúchame... Soy yo... ¿No me ves extendida a tu alrededor? Este ángulo de tu habitación, que ahora no quieres ver, es todo mi mundo: no tiene fin.

Luis Antonio vuelve a sentirse solo, dueño de su soledad, y desea que llamen al teléfono, que suba el ascensor, que se oiga el ruido —que por lo general nunca falta— de un avión que pasa. Así podrá establecer si va a Barajas o si acaba de salir de Barajas. Ya va olvidando el nombre de muchas personas y su silueta. A veces se pregunta: «¿Cómo se llamaba aquel compañero del bachillerato, o de la carrera, o de la guerra que estubo conmigo en Intendencia?». No se acuerda y se desespera. Y entonces vuelve a pensar: «¡Qué grande se hace la soledad!».

La luz que entraba por la ventana se ha ido. Y piensa Luis Antonio: «¿Y para qué cerrar la ventana si no hace frío?». No se

mueve de la cama y la ventana ya ni parece que estuviera abierta.

En el ángulo de la habitación, cuando aprieta la perilla de la lámpara que tiene en la mesa de noche, ve a la Soledad que le sonrío y que parece decirle:

—Tú amabas la soledad, ¿verdad?, pues aquí me tienes. No te desesperes. La soledad se ha hecho tu amiga y no te desengañará nunca. Siempre me verás igual.

Luis Antonio sonrío, lleva razón la soledad, y siente lo que hace mucho tiempo que no ha sentido: que el sueño le envuelve. Y piensa, aunque siente que se duerme, que si él se pudiera dormir pasaría su angustia durmiendo. Y no necesitaría que nadie le llamase, nadie... Ni la propia soledad. Los que duermen han ganado su tranquilidad. Pero Luis Antonio, a pesar de todo, espera que alguien le llame —«¡Luis Antonio!»... «¡Luis Antonio!»—; él se despertaría gustoso y volvería a saber quién subía en el ascensor. Y al abrirse la puerta de su casa, donde lleva años solo, todo le parecería inmenso...

La soledad se retira como la mar hacia adentro... Y en el ángulo de la habitación, aunque aparentemente reducido, entra muy profundamente toda la soledad de Luis Antonio. Ya no espera que nadie le llame —«¡Luis Antonio!»... «¡Luis Antonio!»—. La Soledad se lo ha dicho todo.

TRES PESADILLAS DE NUESTRO TIEMPO

PRIMERA PESADILLA

La atmósfera está envenenada. ¡Qué va a ser de nosotros! Ya nadie quiere vivir en la ciudad y todos tratamos de huir de ella. Escapamos en caravanas interminables; algunos, a campo a través. Yo, con mi mujer y mi hijo, estoy entre estos últimos. Prefiero alejarme de la ciudad, aunque sea despacio, a confundirme en esas caravanas interminables de coches, donde unos impiden el paso a otros, todos marchan en fila india y a todos persigue el mismo aire cargado que tratan de dejar, pues la mayor parte de ese aire nocivo emana de sus propios automóviles.

Nuestra huida de la ciudad no tiene precedentes en la Historia. Nuestra huida es doblemente trágica y triste: somos nosotros mismos los que la hemos provocado.

Apenas puedo tirar de mí, sigo teniendo una rara sensación de picor en la garganta y de náuseas, y ando procurando disimularlo. Quiero alejarme, con mi mujer y mi hijo; cuanto más, mejor, hasta llegar a un punto donde empiece a desaparecer el peligro y decirles:

—Vosotros continuad, estáis camino de la salvación. Yo no puedo más y me quedo aquí.

Ellos me notan algo raro, creo que adivinan mis intencio-

nes, y no hablan por temor a que les diga algo trágico. Quizá no hablando vayamos alejándonos lentamente del peligro y lleguemos incluso a salvarnos.

Mi hijo me nota tan cansado, tan sin fuerzas ya, que me pregunta:

—¿Qué te pasa?

—Nada —dice mi mujer temiendo que yo conteste a mi hijo—; está un poco cansado. ¿Verdad que puedes continuar?

Comprendo lo que quiere decir mi mujer, trato de sacar fuerzas de flaqueza, y digo:

Sí; pero aligeremos. Cuanto más lejos estemos de la ciudad menor será nuestro peligro.

—Pero si ya estamos a muchos kilómetros de ella... —dice mi hijo que está dándose cuenta, horrorizado, de mi aspecto—. Vamos a descansar a la sombra de este árbol.

Al oír que me habla de un árbol y de su sombra, como si me hubiera dado la mayor de las sorpresas, le pregunto incrédulo:

—¿Dónde está ese árbol?

—Aquí mismo —contesta mi mujer—. ¡Sí ya estamos bajo su sombra! Anda, siéntate y descansa. Yo pensaba que si me sentaba no iba a poder levantarme luego, que me iba a quedar allí, que no estábamos lo suficientemente lejos como para no correr peligro, y digo:

—Sigamos, sigamos... Aquí no hay árboles, ni sombra, ni vida... ¿No veis la ciudad? Pero si apenas nos hemos separado de ella...

Les doy la mano, no sé a cuál la derecha o a cuál la izquierda, y salimos volando.

En ese momento me despierto sobresaltado. La luz entra ya por la rendija de la persiana. Van a dar las seis de la mañana. El ruido de los autos y de los camiones en la calle es ensordecedor, y algunas motos marchan con el escape abierto.

Miro a mi mujer, que está dormida, y me levanto. Me asomo a la habitación de mi hijo. Este se despierta sobresaltado y me mira fijamente.

—Papá —me dice—, he tenido una pesadilla. Acuéstate conmigo y te la contaré.

Cierro la puerta para que mi mujer no nos oiga y se despierte.

SEGUNDA PESADILLA

—Verás, papá... —empieza a decirme sudoroso y agitado—. Tú, mamá y yo tratábamos de huir... Se había producido una explosión y el aire empezaba a poblarse de átomos. La gente corría en dirección Sur, y nosotros, también...

Unos soldados nos ordenaron subir a unos camiones y tú preguntaste:

—¿Y ustedes qué harán?... ¿Para qué se quedan aquí? Ni sus fusiles ni sus jefes podrán salvarles.

Uno de ellos, no sé si cabo o sargento, te respondió:

—Nosotros somos soldados y no nos podemos ir. Nuestra obligación es morir.

Y tú insististe:

—¿Pero, por qué? ¿Quién les ha hecho ver que deben morir? Me parece que...

El sargento, ahora recuerdo que era sargento, te interrumpió:

—Calle si no quiere pasarlo mal y súbase a ese camión.

Mamá y yo nos asustamos, veíamos que era capaz de cualquier cosa, y te tiramos del brazo para que subieras al camión con nosotros. Tú, ya arriba, volviste a decir al sargento y a los soldados:

—Sargento, si usted quiere, quédese, pero deje que se vengán estos soldados. No van a poder hacer nada frente a los átomos invisibles que se ciernen sobre la ciudad.

El sargento te apuntó con su fusil y mamá se interpuso. El entonces te dirigió una mirada de desprecio y ordenó al chófer que partiera.

El camión se puso en marcha y mamá y yo respiramos. Tú estabas blanco y bebiste un poco de agua de una botella que llevábamos.

Pronto vimos que la ciudad quedaba envuelta en humo, un humo espeso. El camión corría y corría para salvarnos de la muerte. Tú, terco que terco, porfiabas contigo mismo:

—Pero ¡qué cabestro de sargento!... ¡Quién le habrá metido en la cabeza esas ideas!

Un viejecillo que parecía muy asustado, te dijo:

—Usted es un mal patriota. ¿Usted, de ser sargento, no se hubiera quedado?

Todavía estoy oyendo el grito que le diste:

—¡No, hombre, no! Y yo no tengo ni la mitad de miedo que usted.

Todos se echaron a reír, y en ese momento me desperté.

Al rato oímos que mi mujer nos llamaba. Cuando entramos en el dormitorio, nos recriminó:

—¿Es que aquí no se puede dormir? ¿Desde qué hora estáis cascando?

Le dije que desde las seis, y antes que le explicáramos que el madrugón se había debido a nuestras pesadillas, se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —le pregunté.

—De la pesadilla estúpida que he tenido.

—¿Tú también? Cuenta, mamá —dijo mi hijo.

TERCERA PESADILLA

Y comenzó así:

—No creáis que tenía gracia, aunque ahora me la haga. Suponed que era lunes y que yo tenía que madrugar para ir a la Plaza. Pero fui a echar mano al dinero y me encontré con que no tenía. Me acordé, entonces, que el sábado había pagado el agua, la luz y el teléfono. Agua, luz y teléfono habían subido casi el doble. Tuve que recurrir a mis ahorros, y sólo encontré quinientas pesetas. Estaba sola y ¿a quién le pedía yo? Me dispuse a hacer la compra, sólo de ese día, y las quinientas pesetas no me daban para nada. El kilo de carne valía quinientas pesetas; las patatas, cuarenta; unas malas pescadillas, trescientas... Andábamos enloquecidos. Todos gritábamos.

La gente iba saliendo de la plaza sin comprar nada. Muchas mujeres lloraban y decían:

—¿Qué doy a mis hijos?

Yo me fui a mi verdulero y le pregunté:

—¿Qué ha pasado que todo ha subido de pronto?

El se echó a reír:

—Lo que tenía que pasar... Tanto se ha dicho que ha subido el nivel de vida que mire usted dónde hemos ido a parar. Ya nadie tiene dinero para comer. Podrá usted comprar un «600», o una lavadora, o un televisor, o un... Pero a partir de hoy un repollo costará tanto como valía una perla; un kilo de carne, tanto como valía un brillante.

—¿Y eso por qué?

—¿Usted lo sabe?; pues yo, tampoco. El que cultiva los pollos ha debido decir que un repollo vale más que una joya, y el que cría las vacas, que una vaca vale un mundo... Y como ellos son ahora los que ponen el precio a las cosas... Nuestras autoridades sólo dicen: «¡Ha subido el nivel de vida!...». «Nuestro índice de productividad es de los más altos de Europa...». «Nosotros ya pertenecemos al Mercado Común...». Y el Mercado Común nos ha dejado sin nada. Usted, yo y todos tenemos que mirar y conformarnos. Mire, señora, anoche mismo la televisión anunció que teníamos en construcción las mejores autopistas de Europa, que nuestros astilleros iban a lanzar al mar no sé cuántos barcos, que millones de turistas cruzaban las fronteras e irrumpían en nuestro espacio aéreo para venir a tomar el sol... Total: que todos nos hemos vuelto locos, y el que quiera comer tendrá que disponer de los fondos del Banco de España.

De pronto, el verdulero dejó de hablar conmigo y se fue hacia una señora que cogía un manojo de rábanos.

—¿Cuánto es? —le preguntó la señora.

El, sin pestañear, contestó:

—Ciento veinte pesetas.

La señora, que parecía no oírle, insistió:

—¿Cuánto es?

—Ciento veinte pesetas.

La señora tiró la cesta y salió corriendo.

Y en ese mismo momento me desperté.

* * *

El sol entraba por las rendijas de la persiana. Eran las ocho de la mañana y el día se presentaba muy bueno.

Pese a todas nuestras pesadillas, la vida sigue y nosotros estamos dispuestos a seguirla hasta el final.

DE HOY

I

JUAN LOPEZ

Conocí a Juan López casualmente en un viaje que hice a Murcia. Era Juan López un oficinista oscuro que pasaba su vida entre su casa y la oficina. (Como diría Unamuno, pasaba la vida, no la paseaba.) Recibía un sueldo, según me contó, seiscientas pesetas menos del que necesitaba mensualmente. Estaba casado y tenía un hijo. Me explicó nada más conocerle, sentados en un banco a la orilla del río Segura, dando vista a la hermosa huerta murciana: «Usted creerá que soy un hombre feliz. Pues no lo soy. Hoy, que es sábado, me he venido aquí mientras mi mujer, con el niño, está en casa de sus padres. Allí les darán una buena merienda y esta noche nos ahorraremos la cena. Yo tomaré un café y un bollo ya para acostarme y ¡hasta mañana! Cuando el chico se duerma leeré u oiré la radio. Más bien oiré la radio: tiene uno que fijar menos la atención».

Escuché a aquel hombre, Juan López (me dio su nombre y apellido sin yo preguntárselo), con tanto estupor como interés. Quise interesarme por su vida, hacer algo por él, pero me interrumpió:

—No puedo aceptar nada ni de usted ni de nadie. Si yo trabajo mañana y tarde, y rindo, es para quien trabajo quien tiene que pagarme. Ya les he dicho a mis dos jefes que me faltan seiscientas pesetas al mes para cerrar a la par mi balance fa-

miliar. Creo que esto ya se lo dije cuando empezamos a hablar.

—Sí, es cierto —le respondí—. Pero si no le suben ¿qué hará?

—Seguiré diciéndoles que me faltan seiscientas pesetas y que las llevo anotadas. Un oficinista no es un bracero para amenazar con el sindicato. Los oficinistas participamos en el engranaje de este país con cuello y corbata.

Me picó la curiosidad y le pregunté:

—¿Lleva mucho tiempo en esta situación?

—Dos años. Desde que me casé. No es lo mismo ganar para uno que para dos, y luego, para tres. Porque los puntos no resuelven nada. Lo que resuelve es el sueldo —hizo una pausa y me preguntó—: ¿Usted gana bastante para vivir? Me parece que sí.

—Bueno, puedo ir tirando. Yo también estoy casado y tengo un hijo.

—Usted también es de los que se han plantado, ¿verdad?

—Pues mire, no sé. Tenemos uno y nos parece bastante.

—Claro, claro... Igual que nosotros... ¿Y qué gana usted?

—Yo, según... Mis ingresos oscilan. No tengo un sueldo fijo. Trabajo en varias cosas. Quizá usted pudiera hacer lo mismo.

Se levantó y me respondió medio ofendido:

—¿Pero usted cree que trabajando en una oficina y dando el máximo rendimiento debo trabajar además en otra cosa? Eso nunca. No sería digno. Yo digo que todo el que trabaja debe hacerlo en una sola cosa. Además, los oficinistas, por propia dignidad profesional, no podemos echar peonadas como un electricista, un albañil, un pintor... Si mis jefes tiene para vivir con su negocio, yo, que soy su empleado, debo tenerlo también.

—Y exclamó con los ojos iluminados ante la certeza de sus palabras—: ¡La misma luz es la que nos ilumina a usted y a mí en este momento! Es decir, no hay un sol para usted y otro para mí... Es el mismo sol. Y cuando se ponga, se pondrá para los dos... Y para todos. También para mis jefes. Nada más que ellos, en vez de estar aquí contemplando el Segura, estarán rodando con su automóvil por alguna carretera.

Pasó una hora o más y me despedí de Juan López. Este me

tendió la mano y me dio una tarjeta pidiendo la mía. Cuando se la di y vio sólo mi nombre, dijo:

—¿Tiene inconveniente en darme su domicilio?

—No... Traiga que se lo escriba.

Le escribí entonces mis señas.

* * *

Ha ido pasando el tiempo, un mes, dos, tres... Yo conocí a Juan López a finales de mayo. Y hoy, un día del mes de septiembre, me he encontrado al llegar a mi casa con una carta suya. Cuando empecé a leerla no sabía de quien pudiera ser. Me decía: «Yo soy Juan López, un hombre que trabaja en una *Oficina* (ponía Oficina con mayúscula y subrayaba la palabra) de nueve de la mañana a dos de la tarde y de cuatro a siete de la tarde. Ahora gano mil pesetas menos al mes, no seiscientas como antes. Todo ha subido en un 20 o en un 25 por 100. Habiéndome enterado que usted es periodista (¿por qué no me lo dijo el día que nos conocimos?), le escribo por si usted pudiera publicar un artículo sobre mi caso y otros casos como el mío. Se lo agradeceríamos muchas personas...».

(Juan López me facilitaba a continuación relación detallada de sus ingresos y de sus gastos. El balance de gastos era de lo más comedido. Yo no creí nunca que se pudiera gastar menos. Me reía de los que dicen dándose las de sobrios: «Cuanto mayor es el número de cosas de las que se puede prescindir, más rico se es.»)

Al final Juan López me hacía el panegírico de su costilla. La llamaba «hacendosa», «desinteresada», «sacrificada»... Y para probar sus elogios me incluía el menú diario de las comidas de su mujer. Yo no tuve más remedio que admitir que la mujer de Juan López era un milagro.

Contesté a su carta y me llegó, al poco tiempo, una segunda, donde me explicaba cómo había comunicado a sus jefes que cada mes le debían cuatrocientas pesetas más. Estos no le habían contestado, pero —afirmaba textualmente— «me da igual»... «Espero cobrarles algún día.»

Llevo pensando en Juan López, como en otros López, Martínez o Sánchez, días y días... Sé cómo la vida sube. Esta noche le he tenido en mi memoria, sin dejarme dormir, y al levantarme le he puesto un telegrama: «DIGAME CUAL ES SU DEFICIT DIA POR DIA DESDE SU ULTIMA CARTA. SALUDOS. NAVEROS».

El telegrama de contestación de Juan López fue todo un poema: «MI HISTORIA HA TERMINADO. ESTOY MANICOMIO EN OBSERVACION. COBRO Y COMO AQUI. HARE POR NO SALIR. ESCRIBO. JUAN LOPEZ».

Estoy en espera de su carta. Quizá Juan López haya encontrado una solución para resolver sus problemas que no está escrita ni en las Leyes de ayer ni en las de hoy.

* * *

La carta de Juan López, desde el manicomio, decía como más importante: «Homo homini lupus»: «El hombre, un lobo para el hombre». Seguía: «Yo trabajaba, como usted sabe, en una "Oficina" hasta el máximo, y me faltaban para cubrir gastos, limitándonos mucho: primero, seiscientas pesetas al mes; luego, mil; después, mil y algo más cada día. Enloquecí».

Supuse entonces lo que nunca me había supuesto: que debió poner voz y mirada cavernosa a sus jefes, les exigió que le pagaran lo que necesitaba y, del miedo de haberlo hecho, de haberse sentido un hombre, nada menos que un hombre con toda la barba, eloqueció... El era Juan López, había nacido para oficinista y debía permanecer callado hasta el Día del Juicio Final.

¡Pobre Juan López! Era más que un hombre sobrio; era un asceta como habrá habido pocos en la tierra... Pero los ascetas también tienen que comer, aunque sea poco...

* * *

En un viaje que tuve que hacer recientemente a Murcia me llegué a casa de Juan López para preguntar por él. Me abrió la puerta su mujer y nada más verme debió conocerme, porque me dijo:

—Usted es el periodista amigo de mi marido, ¿verdad?

—Sí, señora —le respondí—. ¿Cómo está su marido?

—Murió hace un mes... Ultimamente se había negado a comer porque aseguraba que no ganaba el pan que comía... Ya estando para morir recobró el juicio y escribió a sus jefes pidiéndoles perdón por llevar tantos meses enfermo. Mi marido era un hombre muy bueno. La mejor persona de la tierra.

Cuando me despedí de la mujer de Juan López y me ofrecí por si necesitaba algo, me dijo con mucha dignidad:

—Gracias, no, señor... Mi marido era un oficinista (y alargó al máximo la palabra oficinista) y yo no puedo aceptar la caridad de nadie. Quisiera que lo entendiera y no lo tomara por orgullo.

Me fui pensando: «El orgullo se pega como una enfermedad contagiosa».

¡Pobre Juan López! Su espíritu aún vive en su viuda. ¿Será su hijo Juan López II?

LA GRAN CIUDAD

(MI DESPACHO: 3,00 × 2,40)

Aparece ante tus ojos, estimado lector, una habitación de 3,00 × 2,40 metros. Limita esta habitación con una terraza que da a la calle de Embajadores. Estamos en el gran Madrid de hoy, que se puede comparar a una serpiente de muchas cabezas.

La habitación que hace de despacho —valga la palabra— tiene un ventanal a la terraza, por donde entra la luz, y también, el aire poluto. Aclaro que vivo en el último piso y que no tengo, por tanto, a nadie por encima de mí. Cuando llueve gozo, como en mi tierra, Almería, del repiqueteo de las gotas sobre el tejado. Me gusta oír la lluvia como me gusta oír la más pequeña de las músicas: el canto del grillo. (El grillo es el mínimo instrumentista de los músicos naturales.) Pero aquí en la *gran ciudad* no hay apenas grillos. ¡Qué pena! Yo pillé una vez un grillo en la Casa de Campo y lo metí en una pequeña jaula. Le echaba lechuga, pero el grillo no cantaba. Sin duda sabía que estaba en una terraza, y dentro, muy dentro, de la *gran ciudad*. Y, sin embargo, el grillo de un soldado de la expedición del gobernador Alvar Núñez evitó que la nave donde iba chocara con un arrecife en una noche oscura: avisó con su canto que la tierra estaba próxima. Durante dos meses y medio de navegación, en pleno mar, nadie le había oído cantar. Aquella noche cantó y

evitó que se ahogaran cuatrocientos hombres y treinta caballos. El canto de aquel grillo se tuvo por un milagro que hizo Dios. («Libro de los Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca», capítulo II.)

En esta habitación tan minúscula, 3,00 × 2,40 metros (que he medido contando las losas del suelo: 15 × 12 losas de 20 centímetros), estoy empezando a crearme un personaje de Kafka sin ser, ni remotamente, aficionado a su literatura. ¿Me estaré metamorfoseando en bichejo, en insecto, en monstruo? No creo. Mantengo conmigo mismo un diálogo interior, o más propiamente un monólogo, que me pone en comunicación con la *gran ciudad*. Desde mi ventana veo anuncios luminosos y el reloj de la Telefónica. Siento los alaridos de las ambulancias, el estrépito de los autos, motocicletas, autobuses y camiones. Y oigo, por último, la televisión de mi vecino anunciando que la lavadora X es la mejor, y que la lavadora X2 es igualmente la mejor. Sin duda, las presentadoras, unas chicas monísimas, se harán, a la vez, la propaganda de ellas mismas. Recuerdo ahora haber oído que dicen: «Señoras, caballeros, permitirán que me presente...». Y de cada una el nombre de su lavadora como si fuera el de ella misma. A Franz Kafka no se le habría ocurrido esta metamorfosis de mujeres en lavadoras, en frigoríficos, en batidoras... Hacer a las personas cosas, y a las cosas, personas. ¡Qué serpiente tan monstruosa la *gran ciudad*!

Ensimismado en mis pensamientos, en mis monólogos, me digo: «La ciudad es un paisaje humano y, a la vez, no humano. El drama de la ciudad no es la ciudad, es el hombre». Y es que al hombre de la ciudad no se le ha convertido en insecto, sino en cosa. No se le ha metamorfoseado, se le ha anulado. Algo que no soñó Kafka. Porque él pudo crear aquel hombrecito José K..., que después de muchas idas y vueltas, se resigna diciendo: «La mentira se vuelve un principio universal». Kafka, no cabe dudarlo, encaminaba sus ideas a la creación de un mundo presidido por la dignidad humana. ¿Qué sabe de humanidad, de desvelo solidario, la *gran ciudad*? La «gran ciudad» es un fusil apuntando contra el hombre.

Vuelvo a mirar por el ventanal de mi habitación, de mi mun-

do, cada día más mío: 3,00 × 2,40 metros, y veo cómo la chimenea de la Farmacia Militar, situada frente por frente a mi casa, eleva su lápiz gigante en el cielo llenándole de negro humo. ¡Y cuántas chimeneas como ésta no hay en Madrid! Y de pronto percibo un grito desgarrador —un grito que se ha clavado en el aire—, salgo a la terraza de mi casa, me asomo a la calle y veo, horrorizado, que un camión acaba de atropellar a un niño. Le ha borrado de la vida con sus pesadas ruedas. La gente increpa al conductor. Este quiere esconder su tragedia bajo la máscara de su rostro entristecido. Pero el semáforo, según parece, estaba cerrado para los coches cuando el niño cruzaba y el camión, como una fiera de la selva, hizo su presa.

La serpiente de la *gran ciudad*, con una de sus muchas cabezas, está otra vez delante de mí y abro un diálogo con ella.

—¿Por qué eres así? —empiezo preguntándole.

—Yo no soy, me habéis hecho... Mi cara, incluso, me la habéis arrugado vosotros. ¿No te acuerdas que antes hasta se me dedicaban poemas? Vuestra literatura está llena de escritores que me cantaron. Yo invitaba a pasear. Los ancianos tomaban el sol en mis plazas, las parejas de enamorados se paseaban por mis jardines y bulevares, los niños jugaban en mis glorietas... ¿Por qué no pedís explicaciones a vuestros regidores municipales? Ellos no han tenido sentimientos ciudadanos. ¿Quién ha talado los árboles que había frente a tu casa? A mí me gustaban. ¿Quién quitó los tranvías, en un falso alarde de progreso, para enrarecer la atmósfera con el escape de los autobuses? ¿Por qué toleráis esos pasos a nivel, «scalextric», donde los autos, en su esfuerzo por subir, chorrean veneno negro, humo que asfixia? Yo nunca he dejado de tener corazón: he querido ser la prosa y el verso de vuestra vida. ¿Tú no lo crees?

—Sí, bien... Pero tú también lo permitiste elevando tu silbato de llamada a campos y pueblos... Decías: «¡Venid, os aguardo!... ¡Soy la ciudad, y como yo no hay nada!».

—Y no mentía. En la ciudad se vivía mejor que en el campo y que en los pueblos. De no haberse vivido mejor, nadie se hubiera venido. Tú mismo dejaste de contemplar el mar, de pre-

senciar la llegada o la partida de los barcos porque yo te atraía. Ahora no te quejes.

Vuelvo a mirar a la calle, supongo que ya se habrán llevado al niño atropellado, y observo un hombre, viejo y contrahecho, que arrastra con desgana un carrito cargado de melones. Anuncia su mercancía con una vocecita apagada. Mortecina. Mientras, la radio y la televisión pregonarán las virtudes de la Coca-Cola.

Podría aplicarse a Kafka el calificativo de «vidente»: describió como un profeta los desolados tiempos que al hombre le tocaría vivir. Todos, unos antes y otros después, iremos desapareciendo indefensos, aislados, abandonados de Dios. La *gran ciudad* se ha tornado en desesperanza.

Entro en mi habitación de tres por dos cuarenta —siete metros con veinte centímetros cuadrados—, porque estoy convencido que mi liberación está en ella. Echo la persiana y enciendo la luz. Pero en ese momento cruza el cielo un aeroplano ruidoso, un reactor. ¡Y qué misterio! Un vilano oscila alrededor de la bombilla. Quizá la trepidación producida por el monstruo le haga sostenerse en el aire. ¿Y por dónde habrá entrado? Me acuerdo otra vez de aquel grillo que encontré en la Casa de Campo y que no cantaba. Debí haber pensado que quizá encerrado en esta jaula, sin comunicación con el exterior, con la calle, podría haber hecho oír su pequeña música. Escribo. El teclear de la máquina me da la sensación de la música del mínimo instrumentista de la Naturaleza. ¡Qué ancho se me está haciendo el mundo de mi reducido despacho! Tengo un vilano oscilando alrededor de la bombilla y me parece oír un grillo que no tengo. El universo kafkiano ha conquistado mi pequeña habitación. Empiezo a tomarme muy en serio que la gran «ciudad» es el principio del fin del mundo.

LA GRAN CIUDAD

(EL HOMBRE TUERTO, VESTIDO DE NEGRO)

Alguien ha escrito que no hay que dejar nunca de tener un pie en tierra. «Aunque sólo sea un dedo.»

Regresaba yo a mi casa, estaba aburrido de tanta gente como había en la calle, del ruido de los coches, de lo asfixiante que se hacía la atmósfera, y en la Plaza Mayor, por la que ahora no pasan coches, vi un hombre tuerto, de figura esquelética, vestido de negro.

Unos niños que estaban jugando alrededor de la estatua ecuestre que preside la popular plaza —que tanto sabe de Madrid y de España—, parecieron asustarse al verle. El hombre tuerto, vestido de negro, se dio cuenta y les dijo:

—Soy horroroso, ¿verdad? Pero os diré que tengo dos hijos hermosísimos. Mañana los traeré para que jueguen con vosotros si es que me prometéis estar aquí. Aunque os advierto que si me miráis como hoy, el mayor, con seguridad, os zurrará la badana.

Los niños se separaron sin decirle nada al hombre tuerto, vestido de negro. Y cuando se fue comentaron:

—¿Vendrá mañana?

—¿Pero vosotros creéis que un tío tan feo va a estar casado

y a tener hijos? Este hombre no puede estar casado. ¿Qué mujer se atrevería a vivir con él?

—Yo conozco a uno tan feo como él y está casado. ¡Y anda que su mujer no es guapa! Es la envidia de todas las mujeres del barrio.

Me picó la curiosidad y pensé volver al día siguiente por la tarde. Estaba convencido que el tuerto haría lo que había prometido. Los niños, con seguridad, no habían reparado en la forma en que había hablado el hombre tuerto, vestido de negro. En la infancia se abre la vida toda plena y no se tienen ojos ni para mirar hacia atrás ni para mirar hacia adelante. Y ese adelante siempre es mañana.

El día siguiente era 13 y martes —se daba esa casualidad—, y fiel a mi propósito, a las seis de la tarde me dirigí a la Plaza Mayor. A ese Madrid solemne que no se puede comparar a todo el Madrid de hoy. A ese Madrid de los Austrias que, pese a toda su penumbra y su soledad, no ofrece ni la soledad ni la penumbra de hoy. Allí estaba, en aquella Plaza Mayor que retrató Goya en sus tapices, la estatua ecuestre del rey Felipe III, a la que dedicó Lope de Vega en tono burlón unos donosos versos:

*Cual mira en un caballo que pudiera
temer Troya otra vez su falso trato,
capaz de tanta gente, armada y fiera,
gigante en bronce y no al cincel ingrato...*

Los niños corrían alrededor de la estatua del tercero de los Felipes, rígidamente erguido en su caballo, sosteniendo con una mano la bengala de general y con la otra las bridas de la voluminosa cabalgadura, jugando al «pilla, pilla». Todavía los niños juegan a algo antiguo, como leen los cuentos que nosotros leíamos.

No pasó mucho rato y apareció el hombre tuerto, vestido de negro. Daba la mano a dos niños. El mayor, alto y espigado, era muy rubio. El tuerto se acercó a los niños:

—Estos son mis hijos. Vienen a jugar con vosotros.

Los chiquillos se quedaron como petrificados: no sabían qué decir ni qué hacer. Al fin, el mayorcejo de ellos, respondió:

—¿Y cómo vamos a jugar con ellos si no los conocemos? Tendrá usted que presentarnoslos.

—Eso —dijo otro.

—Bueno —agregó un tercero—, poneos a jugar con nosotros. Entre los niños no hay presentaciones. Estos son unos cursis. Soy el que se queda.

El hombre tuerto, vestido de negro, desapareció de pronto. Miré para todos lados y no le vi. ¿Dónde se habría metido?

Cansado de mirarle sin encontrarle, me decidí a preguntarle al niño rubio:

—Oye, ¿dónde está tu padre?

—¿Mi padre? Pero si mi padre no ha venido conmigo...

Me separé, avergonzado de mi pregunta, y bajé por las escaleras del Arco de Cuchilleros. En uno de sus lados está «El Púlpito», que es un restaurante al que, dicen, suelen ir todos los ricachones de Madrid y los de provincias cuando vienen a la capital. Abajo, fuera de la plaza, las «Cuevas de Luis Candelas», donde los camareros visten de bandoleros.

Seguía pensando dónde se habría metido el hombre tuerto, vestido de negro. ¿Habría entrado en alguna de aquellas cuevas? Pero pensé también si el hombre tuerto, vestido de negro, no habría sido una visión mía. Una representación fantasmagórica de la «gran ciudad».

Tomé un microtaxi para que me llevara a mi casa. Iba preocupado con mi extraña visión y, por otra parte, quería escribirla. No sería un relato de horror, donde alguien mata a alguien o alguien se suicida, sino un relato en el que yo mismo me preguntaría: «¿Tú entiendes lo que crees que has visto?», y en el que respondería: «Algo sí». Los cuentos como la vida, se ha dicho, no deben entenderse del todo. ¿Qué, si no, iba a ser de nosotros? El telón de una calle de hoy son autos y más autos, no hay plantas apenas, no hay casi árboles, no hay niños... Aparece siempre en escena un hombre tuerto, vestido de negro, que dice con una sonrisa satánica: «Soy yo... el que manda aquí».

Aquella noche soñé, yo que nunca he tenido un fusil en mis

manos para matar, que disparaba un tiro al hombre tuerto, vestido de negro. («Soy yo... el que manda aquí.») Y le dejaba tendido en el suelo. Antes, todas las madres, desde los balcones, me habían gritado: «¡Dispare! ¡Mátelo!».

... Y veía a los niños de la Plaza Mayor, y de todas las plazas y rincones de Madrid, saludándome como a un héroe. El héroe que había matado a la serpiente de no se sabe cuántas cabezas que aprisiona a la «gran ciudad». De aquel hombre tuerto, vestido de negro, no había brotado ni una sola gota de sangre. ¡No la tenía!

Entonces desperté de mi pesadilla.

LA GRAN CIUDAD

(EN BUSCA DE UN PINO)

Sal. No pienses en la comodidad de tu casa y en si hace peor o mejor tiempo. La naturaleza está en la calle, pero no en la calle de la gran ciudad, sino fuera de ésta... a muchos kilómetros.

En la ciudad, en la gran ciudad, los árboles han muerto de pie... a hachazos, porque estorbaban y los pocos que han quedado se mueren contaminados por el aire poluto. Sal. Pero sal a tomar el sol y el aire a muchos kilómetros de la ciudad. Cuanto más lejos de ella mejor. Te irá bien regodearte con el sol como los ancianos en los pueblos o en el campo. Hoy en la gran ciudad no se puede tomar el sol. El aire está impregnado de detritus imperceptibles que se agarran a tu pecho y a tu garganta. Sal y vete al campo. ¿Que llueve? No te importe. En el campo la lluvia es sana. La lluvia no hay que contemplarla tras la ventana, entre cristales, hay que sentirla caer sobre uno.

Sé lo que me vas a decir: «¡Pero si yo no tengo coche! ¿Cómo salgo?» No importa: hay un suburbano, hay un tren eléctrico, hay autobuses. Pero yo te aconsejaría el suburbano o el tren. En los autobuses llevas contigo la causa del aire poluto. Sal;

penetra en la vastedad de mi horizonte y búscate un pino y elígelo por amigo. Y no para tomar la sombra, te conviene el sol, ¿no ves los millares de turistas que vienen a tomarlo? El pino te servirá como bandera, como lugar. Porque sé que tú no tienes coche, ni hotelito, ni dinero para alquilar un apartamento. Sal y búscate tu pino. ¿Que por qué un pino? El pino es un árbol sufrido, como tú eres un hombre sufrido, y siempre será mejor amigo. Los pinos, además, son flechas hacia el cielo. Y huelen a vida, pero a vida sana y purificada. El pino es como un incensario.

Sal; procura salir todas las semanas. Tu mujer, tus hijos, tú, podréis defenderos de vuestro peor enemigo: *la gran ciudad*. Elige pronto tu pino, a cuantos más kilómetros de la «gran ciudad», mejor. La vida, no lo olvides, es hermosa, aunque «la gran ciudad» quiera demostrar lo contrario.

En el campo no te aburrirás. Encontrarás cambios que te ayudarán a tirar de tu vida. ¿Eres oficinista, eres obrero, eres artesano, eres dependiente...? ¿Qué eres? Lo que seas, tú tienes tu mayor enemigo en la «gran ciudad». El aire poluto es tu amenaza y la de tu familia. Es la amenaza de todos los vecinos de la «gran ciudad».

Sal. Tú estarás sano si sales, podrás trabajar si sales... De no salir, enfermarás y enfermarán los tuyos. ¿Has elegido ya tu pino? Tienes que buscarlo lejos. En la Dehesa de la Villa ya casi no quedan. Había que convertirlo todo en edificios monstruosos. Como los antiguos cafés donde, como alguien muy bien dijo, se desangraba Madrid en ingenio, han sido transformados en Bancos. ¿Sabes lo que es un Banco? Un Banco es el enemigo del hombre y del árbol. Un Banco es el colofón de la «gran ciudad». La historia de hoy, que no tiene historia. Para que haya historia es necesario que los hombres vivan, que no se mueran trabajando ocho o más horas diarias para que la «gran ciudad» siga creciendo.

Los ricos que han hecho la «gran ciudad» te dirán: «Nadie se muere por trabajar». Y es verdad, porque ellos, que no trabajan, también se mueren. Pero el que trabaja se muere antes y se muere cansado. Y la «gran ciudad», que quiere seguir siendo «gran

ciudad», se ha inventado la «Medalla del Trabajo». Te dice: «Yo sólo te exijo la tercera parte del día para que trabajes. Te dejo otras dos partes para ti: ocho horas de descanso y ocho de diversión. ¿Qué te puede faltar en la «gran ciudad»? Nada. La «gran ciudad» te viste, te da de comer, te da diversiones... ¿Es que no me lo agradeces? En el campo se trabaja de sol a sol».

Yo, sin embargo, sigo soñando con un pino a veinte o treinta kilómetros de la «gran ciudad», con que el sol me dé en la cara, con que el aire no esté contaminado de algo tan falso como «civilización material». ¿Pero es que hemos nacido sólo para trabajar y morir engañados? No. No. No.

Sal. Piensa que «la gran ciudad» tiene mano dura para los subvertidores del orden, del orden que nadie debe intentar cambiar. Nunca jamás. Debajo de un pino no pensarás. Un «picnic» o un fin de semana, según tus posibilidades, debe ser todo tu sueño. La «gran ciudad» quiere hasta engañar a los pinos para seguir viviendo de tu sudor y de tus lágrimas. Alguien ha dicho con muy buen juicio: «¡Si por lo menos los ricos protegiesen a los pobres!... ¡O los olvidasen!...».

Me he subido en el tren eléctrico... ¿Dónde voy?... A buscar un pino, el que me ofrece también la «gran ciudad», para que me crea que descanso en él. Cierro los ojos, suspiro, me creo feliz, y atrás se queda la «gran ciudad».

Salgo; sigo saliendo. Pero un sábado me encontré con que mi pino había sido talado. Me dijeron sencillamente:

—La «gran ciudad» se va a extender hasta aquí.

—¿Y por qué?

—La «gran ciudad» así lo exige. La «gran ciudad» está antes que tú... Está antes que todo.

Me quedé sin mi pino, abrazado a su recuerdo que es eso... un recuerdo.

La «gran ciudad», amigos míos, es como un hombre «dotado por definición de mala conciencia».

No sé más.

LA GRAN CIUDAD

(CON LOS OJOS HACIA DENTRO)

En la gran ciudad hay que observar, observar siempre. Uno está en ella como si estuviera en medio de una escalera. Y las escaleras hay que subirlas o bajarlas. Nadie puede estar en medio de ellas como un fantasmón.

Si uno se plantara en medio de una escalera, ¿qué le pasaría? Con seguridad que, bien la portera o el portero —según la categoría de la casa—, algún vecino, o cualquier persona que subiera o bajara, podría preguntar: «Y usted, ¿qué hace aquí?». Uno, con seguridad, respondería vacilando: «No lo sé. Estoy». Y la portera o el portero, con cierta autoridad, diría: «¡Váyase! Y que no le vea más por aquí. Unas escaleras no son un paseo». Pero si fuera un vecino, según el talante de éste, sería la exclamación: «¡Largo, o aviso al portero!». O también: «¿Qué quiere usted? ¿Le puedo ayudar en algo?». (O quizá le tomarían a uno por un pobre de pedir. ¡Qué vergüenza pasar por mendigo!) Y si fuera una persona ajena a la casa —cobrador, mozo recadero, visitante—, echaría una ojeada, para decir con naturalidad: «¿Busca al portero? Está en el sexto limpiando los dorados». En una palabra: unas escaleras hay que subirlas o bajarlas. Nadie puede quedarse en medio de ellas.

Igual que en unas escaleras sucede en la gran ciudad, donde

uno tiene que ir de arriba abajo sin apenas pararse. El que se pare en una gran ciudad llamará la atención. A mí me ha ocurrido. No hace mucho me detuve en el Viaducto para contemplar desde él la hermosa panorámica de la Casa de Campo —«el pulmón de Madrid», le llamaba el doctor Marañón—, y un guardia, extrañado de que no dejara de mirar, me dijo:

—¿Duda usted de que aquélla sea la Casa de Campo?

—No —le respondí—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por la manera de mirar que tiene usted. Uno, como guardia, es algo psicólogo.

—¿Cree usted que soy un suicida?

—No precisamente; pero sí un tipo raro. Mira usted como extrañado de lo que está viendo. ¿Cómo le diría...?

—No lo piense, se lo diré yo... Miro como quien mira por primera vez una cosa que merece la pena verse. Y esto, guardia, puede suponer agonía en la manera de mirar. La agonía que siente un ladrón deslumbrado por un joya valiosa que, teniendo a su alcance, le sería fácil sustraer.

—Medio lo entiendo —agregó el guardia ya más conciliador—. ¿Usted no creía que en Madrid hubiera un parque así? Pues ahí lo tiene. Es el más grande de Europa.

Miré al guardia y, de golpe, sentí en mis manos como una inquieta niebla. Las palabras que me iban a nacer habían ido a parar a ellas. Yo pensé decirle a aquel simpático agente de la autoridad: «Nosotros tenemos siempre lo más grande de Europa, lo mejor de Europa... Y hasta lo mejor del mundo. España es diferente por los cuatro costados a cuantos países hay en la tierra». Estas son oraciones que hemos hecho aprender sin antes haberlas comprobado.

El guardia se fue y yo me quedé solo. Seguí un rato contemplando la Casa de Campo desde el Viaducto. De los muchos peatones que pasaban por allí ninguno reparaba en la belleza que tenía enfrente y del servicio que prestaba a Madrid. Si hoy en Madrid se puede medio vivir es gracias a ella.

Bajé a Las Vistillas, rincón simpático con un pequeño jardín colgado, y me senté en un banco. A mi lado, unos niños andaban jugando a «decirse» cosas sin palabras. Se limitaban a mover

los labios para que los otros niños acertaran la palabra que decían. Yo les seguí con la mirada, sin interrumpirles, y descubrí muchas de las palabras que ellos coreaban: «naranja», «pozo», «silbidos», «tubo», «pelota»... Me extrañó, la verdad sea dicha, aquel juego. Y tentado estuve de preguntarles por qué lo hacían. Pero me callé por temor a que dejaran de jugar. Estuve allí un largo rato y cuando empezó a ponerse el sol, incendiándose el cielo a Poniente, me fui. Había empezado a sentir frío.

Ya en el autobús camino de mi casa, hacía como que pronunciaba la palabra naranja. Debía de poner, con seguridad, la boca redonda, como si fuera una naranja. Y seguía preguntándome por qué aquellos niños jugarían a descubrir palabras por el movimiento de la boca. ¿Quién les habría enseñado ese juego, que no es juego y sí un ejercicio práctico de vocalización?

Subiendo las escaleras de mi casa, el ascensor estaba estropeado, me fijaba ahora en las distintas puertas de los pisos. En algunas puertas había una plaquita con un nombre, en otras no había esa plaquita. Pero detrás de cada puerta vivía una familia y ninguna podría ocultarse a la realidad de la vida. Las puertas, al cerrarse o al abrirse, hacían un ruido extraño. Y a veces hasta parecía que se quejaban. ¡Cualquiera sabe lo que sucede en cada casa! Sigo subiendo, muy despacio, y cuando llego a mi casa termina mi soliloquio. Ella se abre para mí como el palacio más ideal de la tierra. Me desbordo hablando con mi mujer y mi hijo. Mi garganta está llena de palabras, de palabras que me parecen piedras de colores. Las palabras ni deben morir en las manos ni ser solamente sonidos. E impensadamente le digo a mi hijo:

—Pronuncia silabeando bien la palabra si-len-cio.

—Si-len-cio —repite mi hijo con su buena pronunciación castellana.

—¿No has notado que al decir si-len-cio parece que se suspira? ¿Que se vuelve para atrás la palabra?

—¿Por qué lo dices, papá? ¿Es que te ha ocurrido algo?

—No, hijo. Es que estoy recordando a unos niños que he visto jugando a decirse palabras por el solo movimiento de la boca. Era un juego simpático. ¿Por qué lo harían?... Los niños

hacen las cosas siempre por algo. —Hago una pausa y agrego—: ¿Sabes una palabra que me gusta? «Vencido»... ¡Cuánto no se puede aprender del hombre vencido! O, mejor, de los hombres vencidos. Estos son la gran esperanza que tiene el mundo. Los que siguen a un líder, aun venciendo, son los borregos de la sociedad.

 Mi mujer me mira.

—¿Por qué dices todo eso?

—No; por nada. Quizá es que esté mirando hacia dentro. ¿Tú has pensado lo que supondría quedarse durante horas en medio de una escalera?

 Y me callé ante la extrañeza de mi mujer y de mi hijo. No quería que creyeran que estaba desvariando.

EL BOCADILLO DE PEDRIN

A Maruja Arca de Martínez del Río

Era hacia la media mañana de un día de diciembre. Hacía frío en la calle y en el colegio. Niños y niñas correteaban por la clase y algunos llevaban puestos sus abrigos. La maestra acababa de decirles que era la hora del bocadillo.

Entre todos los niños de la clase sólo uno de siete años, gracioso y picarón, no llevaba bocadillo. Quizá porque sus padres fueran tan pobres que no pudieran proporcionárselo. Se llamaba Pedro —Pedrín, le decían los compañeros—, y vivía en el barrio de Las Peñuelas, junto a la vía del tren, en una casita que tenía una parra en la puerta.

Pedrín, por no llevar bocadillo, no se quedaba sin almorzar, sino, todo lo contrario, lo hacía por tres o cuatro niños. Observaba cuándo un compañero tiraba a la papelera el bocadillo a medio terminar y se acercaba astuto, dando mil vueltas para que la maestra no le viera —que sí que le veía—, y cogía, uno, y después otro y otro. Era el caso que Pedrín se atiborraba poniendo cara de gozo por su hazaña de pescar bocadillos en la papelera.

En la mañana de diciembre a que nos referimos, repetimos que muy fría, aunque diciembre sea el mes del amor —que no por eso hay niños que dejen de pasar hambre y frío—, Pedrín

se había presentado en el colegio con un excepcional bocadillo. Abultaba el paquete el doble que el de cualquier otro niño. Y él se sentía satisfecho y se decía: «¡Veréis hoy lo que es un bocadillo!». Pero cuando su ilusión no tuvo fin fue a la hora de desenvolverlo: los ojos de todos los niños y de la maestra se fijaron en él. Se preguntaban quizá: «¿Qué podrá traer Pedrín en ese paquete tan grande?». Pedrín llevaba un bollo como de medio kilo lleno de chicharros en escabeche. El caldo del escabeche goteaba hasta el suelo. El rústico bocadillo de Pedrín fue la admiración de todos, y todos se le hubieran comido en lugar del que llevaban de queso, chorizo, jamón... El bocadillo de Pedrín sirvió incluso para abrir el apetito de los niños desganaados. Aquella mañana ningún bocadillo fue a parar a la papelera.

Si grande era la satisfacción de Pedrín aquel día al poder tratar de tú a tú a todos sus compañeros, no era menor la satisfacción de la maestra ante el espectáculo de admiración producido por el bocadillo de chicharros en escabeche del niño.

A la salida del colegio más de un chico dijo a su madre:

—Mamá, ¿ves ese niño? Ha traído un bocadillo grandísimo. Debía estar muy bueno.

—¿Y de qué era? Mañana puedes traerlo tú igual.

—Dijo la señorita que de chicharros en escabeche.

—Pues entonces, no. Los chicharros son indigestos y, además, ¡cómo te pondrías!

Pese a ésta u otras contestaciones parecidas de más de una mamá, Pedrín llegó a su casa junto a la vía del tren, más contento que una sonaja. Estaba seguro de haber dado el golpe con su bocadillo y de que todos los niños le habían contemplado con admiración.

Cuando estaban comiendo, Pedrín preguntó:

—Mamá, ¿llevaré mañana otro bocadillo como el de hoy?

La madre de Pedrín miró a su marido y respondió:

—Mañana, sí... Y pasado también...

—Entonces, ¿lo llevaré siempre?

—Cuando se pueda —respondió el padre—. Tu madre y yo hemos de procurar que lo lleves...

En ese instante pasó un tren y la casita, junto a la vía, con una parra en la puerta, trepidó como si fuera un vagón del convoy.

* * *

Han pasado unos días y Pedrín ha llegado una mañana al colegio sin su bocadillo de chicharros en escabeche. Antes había preguntado a su madre:

—Mamá, ¿hoy no me pones el bocadillo?

—No, hijo —le contestó, con los ojos húmedos y saliéndole aquel «no» de lo más profundo del corazón.

Me imagino al niño a la hora del bocadillo. ¿Volverá a surtirse de bocadillos de la papelera él, que había presumido de llevar el bocadillo más grande del colegio?

II

EN EL AÑO 21XXX

Tres *hombres* (hombres) dialogan en el año 21XXX. En la Tierra ya no hay ni poderosos ni oprimidos... Hay sólo hombres. El escenario es un parque con árboles —muchísimos árboles—, flores y arbustos. Enfrente se extiende el mar. El mar del que dijo lord Byron: «Los siglos han pasado sin dejar una arruga sobre tu frente azul; despliegas tus olas con la misma serenidad que en la primera aurora».

Hombre 1.—Durante las primeras semanas del año 1600, un filósofo italiano llamado Giordano Bruno fue quemado en la pira por creer que la Tierra y los otros planetas giraban alrededor del Sol. ¡Qué disparate! ¡Qué bárbaros han sido nuestros antepasados!

Hombre 2.—Galileo afirmó lo mismo, pero tuvo amigos comprensivos y se le indultó. Recordemos ahora al pobre Bruno... Ahora que está abierto el universo del espacio.

Hombre 3.—Los sabios también erraron. ¿O es que no recordáis que se equivocaron al decir que en Saturno no era posible que hubiera seres inteligentes? Seres como nosotros... En Saturno, ya habéis visto, hay hasta una civilización milenaria.

Hombre 1.—Sí, sí... El hombre se habrá equivocado. Pero ¡a cuántos que no se equivocaron les costó la vida sus descubrimientos! Y menos mal que los sistemas de tortura no eran muy refinados entonces. Pero después los hombres, más cultos, los

que no podemos llamar nuestros semejantes, les perfeccionaron. Pero ya fue sólo con fines políticos. Los torturadores eran profesionales que habían elegido su oficio.

Hombre 2.—Cada hombre joven elige su profesión, dentro de lo posible, de acuerdo con su vocación.

Hombre 3.—Os salís de la conversación. ¿Quién duda que el potro, la rueda de tormento, el cepo, la gota de agua cayendo sobre el cráneo, la cremación a fuego lento o la crucifixión eran usados lícitamente a modo de hábiles interrogatorios o como castigo? El hombre ha tardado mucho en saber cómo tiene que ser. Hasta cerca del año 2000 se «fabricaban» «culpables» para castigar.

(El Hombre 3 hace un gesto de duda; Hombre 1 y Hombre 2 esperan con ansiedad lo que va a decir.)

Hombre 3.—A mí me incumbe recordaros, yo no soy un optimista como tú —se dirige a Hombre 1—, que el astrónomo francés Flammarion, al preguntársele «¿cuándo termina el mundo?», contestó: «Todo lo que comienza debe terminar».

(El Hombre 3 se echa a reír con socarronería como diciendo: «¡Ahí queda eso!».)

Hombre 1.—Tú no desconoces lo que dijo el astrónomo Kenneth Heuer en su libro «Los próximos cincuenta billones de años»... Vea más posibilidades de desastre para nosotros en la mano del hombre que en la de Dios.

Hombre 2.—Bueno, eso era un decir... ¿Qué sabían aquellos astrónomos! Imaginaban hasta la probabilidad de que nuestro Sol fuese azotado por otro Sol. Y Heuer, además, describía cómo «una diminuta estrella blanca (o sol) se acercará tanto a nosotros, que su poderosa fuerza de atracción levantará todo lo que no estuviera firmemente anclado».

Hombre 3.—Se tuvo por un científico a Julio Verne, que sólo era un novelista fantástico; luego se admiró a Welles, que habló del hombre invisible, ¡qué tontería!... Y después se recurrió a la validez artística de George Orwell o de Aldous Huxley. Con buen sentido sólo habló un poeta... ¿Cómo se llamaba?... ¡Ah, sí! Antonio Machado. Escribió este poema que siempre me ha im-

presionado: «Dijo Dios: "Brote la Nada". Y alzó su mano derecha hasta ocultar su mirada. Y quedó la Nada hecha».

Hombre 2.—Ese poeta murió hace ahora ciento noventa y un años..., 1-9-1... ¡Qué coincidencia que se dé esta cifra tan sencilla! Creo que él era la «Nada» misma en un acto creador.

Hombre 3.—No te suponía tan enterado de cosas de poetas. Opino que de nuestros antepasados, los únicos que se salvan son los poetas. Anotad estos versos: «El Dios que todos llevamos, el Dios que todos hacemos, el Dios que todos buscamos y que nunca encontraremos. Tres dioses o tres personas del solo Dios verdadero». ¿Verdad que es formidable?

Hombre 1.—Nos hemos desviado de la conversación... A mí, la verdad, la poesía no me interesa. Yo veo que todo tiene... forma redonda. De círculo. (Lo dice haciendo un movimiento con las manos como queriendo juntar la tierra y el cielo.)

Hombre 3.—(Que se ha quedado mirándole.) Y tú, ¿dónde estás: aquí, en la tierra, o en el espacio? Yo sé que estoy en la tierra. ¿Y tú? —se dirige al Hombre 2—. ¿Crees también que todo tiene forma redonda?

Hombre 2.—¿Cómo?

Hombre 3.—Sí, redonda, así... —y con la mano traza un círculo en el aire, el círculo de la tierra y de otros planetas.

Hombre 1.—Y nosotros estamos —señaló un lugar en el círculo imaginario anteriormente trazado por el Hombre 3—... aquí.

Hombre 3.—¿Dentro o fuera?

Hombre 1.—Toma, dentro. Pero ya nos vemos con los de fuera. ¡El mundo nuestro es tan distinto al de antes!

Hombre 2.—Pero ese mundo inventó un medio (el átomo) de hacer estallar el universo.

Hombre 1.—Eso ya es historia. Hoy el hombre no necesita destruirse. Bueno, me voy... Me voy por esas nubes. No quiero andar por la tierra.

Hombre 2 y Hombre 3.—¡Adiós!... ¡Adiós!

Hombre 2.—¿Estaremos locos?

Hombre 3.—¿Y cuándo el hombre no lo estuvo?

(Durante un momento se quedan los dos quietos, con los ojos

fijos en el lugar por donde ha desaparecido el Hombre 1. Parecen preguntarse: ¿Qué se propondrá hacer hoy?)

Hombre 3.—«Dijo Dios: «Brote la Nada»... Y quedó la Nada hecha». ¿No te parece que eso es todo?

Hombre 2.—¡Quién sabe! Siempre permaneceremos cerrados en un círculo... Cír-cu-lo (y lo repite alargando la voz, de manera enfática).

Hombre 3.—¿Cuándo volverá el Hombre 1? Es pesado, pero es ocurrente. De esas tres nubes blancas, ¿por cuál se ha metido?

Hombre 2.—Aseguraría que por la del centro... Irá a Saturno. Dicen que la civilización allí siempre fue perfecta: no conocieron los miles de años de atraso que el hombre de la Tierra ha conocido.

(En un banco, un hombre y una mujer se besan. Se hacen el amor como en todos los tiempos. El hombre dice a la mujer: «Iremos en viaje de novios a Venus, ¿te parece bien?» La mujer responde, acercándose más a él: «Preferiría ir a Júpiter. O mejor a Marte... Sí, a Marte. Tú sabes que a mí lo que más me interesa de la antigüedad es la historia de sus guerras. ¡Cómo se mataban aquellos bárbaros! Marte fue su símbolo».

Hombre 2 y Hombre 3 pasan junto a la pareja. Piensan los dos: «Con seguridad que están preparando su viaje al Infinito».

Los dos sonríen y ninguno dice nada.

Lo mejor del 21XXX es que la gente oculta sus simplezas. Se ha descubierto también que la cabeza no es el «centro pensante» de los hombres. En esta época no existen ya ni los tecnócratas ni los «robots». La gente se ríe de que hayan existido objetos tan raros. Algunos «robots» se guardan en las salas de los Museos... Pero de los tecnócratas apenas si se conserva el recuerdo... Han sido los más superficiales de todos los hombres hasta el año MM.

EL PICO, LA PALA Y EL MEDICO

*A Manuel Montoya y sus hijos
Pedro y Manolo.*

Primero, el médico, que es el personaje real; después, el «pico» y la «pala», que son los personajes imaginarios. Bueno, no tan imaginarios porque también se encarnan en dos hombres: Juan y Pedro. El médico se llamaba Gregorio Agustín Félix. (Tres nombres para una sola persona.)

El lugar de la acción es Almería —la capital—, y el año, 1928.

En la ciudad hizo su aparición un personaje importante: un médico, al que se tuvo en principio por curandero y que recordaba a aquel buen inglés Jorge Stanhope, al que se encontró en la playa de Almería Ciro Bayo. Aquel inglés, además lord, que tomaba baños de sol, le dijo muy seriamente al autor de «Lazarillo Español»: «Como que este sol es mi médico. Padezco de una afección edematosa. Harto de apurar todos los recursos de la Medicina, me trasladé a este litoral, y aquí, tumbado en la playa horas y horas, me empapo de los ardientes rayos de sol. No solamente voy curando de mi enfermedad, sino que también mis órganos adquieren suma tonicidad. Casi estoy sano. ¿Tengo o no tengo razón en decir que este sol de Almería es mi médico?» Ahora él, el médico Gregorio Agustín Félix, tomaba esos mismos baños de sol y los recetaba a sus pacientes. Y pacientes tuvo,

en los dos años que vivió en Almería, a voleo. Primero, porque cobraba poco; después, porque lo que recetaba era bien barato: baños de sol, revolcones en la arena de la playa y tomate y lechuga en abundancia. (Quizá haya que tomar como artículo de fe lo que afirma Unamuno en su cuento *Las tribulaciones de Susin*: «... hasta los grillos recién muertos resucitan entre lechugas».) Es lo cierto que don Gregorio llegó pronto a tener una buena clientela y que él, dando ejemplo a sus pacientes, practicaba los baños de sol, los revolcones en la arena y el régimen a base de tomate y lechuga. El se había anticipado recetando los zumos de tomate, que ahora tanto se prodigan.

Vivía el célebre doctor en la calle de la Escalinata. Los balcones de su casa daban a la plaza de la Constitución y tenía, frente por frente, el monumento a los «Coloraos», en el que rezaba esta inscripción, que es copia fiel de la placa de distinción concedida en 1841 por el Regente del Reino, general Espartero, a la ciudad de Almería: «Mártires de la libertad en San Bartolomé, 1824. Almería». (En el centro de la placa, una estrella de oro de cinco puntas, con el lema «L. o M.», libertad o muerte.)

En esta plaza, que fue antesala de la ciudad de Almería y a la que se entra por seis calles, se formaban largas colas en los soportales para ser recibidos por el doctor don Gregorio Agustín Félix, al que pronto se le conoció en la ciudad por el «médico loco». De médico tenía mucho; de loco, nada. Para ambientar sus extravagancias, porque extravagante sí que lo era, se compró un pequeño coche y un borrico. Con su cochecito se iba a la desembocadura del río o a la playa del Bobar y, entonces, ponía en práctica sus revolcones, los mismos revolcones que mandaba a sus enfermos, y merendaba un plato de tomate y lechuga. Los días soleados, aunque fuera en pleno invierno, se bañaba. Era un baño corto y lo tomaba sin dejar de nadar. (En esto no se parecía don Gregorio a lord Stanhope, al que le enseñó a hacer la «plancha» Ciro Bayo.)

Dichoso y bienaventurado vivía el médico en Almería, donde cada día adquiría más crédito, y pronto se encariñó con su barrio, de calles en zigzag y nombres que eran un recreo para el oído: Alhóndiga Vieja, Pósito, Dicha, Hércules, Solano, Platón,

Toledo, Luna... Don Gregorio decía a los que le aconsejaban que viviera en el Paseo o en una de las calles nobles de la ciudad:

—Aquí lo tengo todo al alcance de la mano; me basta con dar una vuelta por los alrededores de donde vivo y me recreo la vista con tantos y tan contradictorios rótulos. Pensando en sus nombres se quita hasta el mal humor.

A la lista de sus enfermos se fueron añadiendo personas que querían consejos. Se le tuvo casi por un padre «espiritual civil». Juan y Pedro, dos obreros cargados de hijos, simples braceros, fueron a verle. Juan, que había estado en Francia como emigrante, le dijo:

—Doctor, sólo tengo mi pala como todo capital. La tengo clavada en la puerta de mi casa sin usarla porque hace una semana que no encuentro trabajo. ¿Qué hago con ella? ¿La tiro o la dejo donde está?

El médico le envolvió en una mirada de carifio:

—Límpiala y cuidala..., sí. Y hasta te aconsejaría que te pusieras a hacer un pozo en cualquier lugar que te dejen. A medida que vayas profundizando irás sintiendo un alivio en tus preocupaciones. Quizá llegues a encontrar un gran caudal de agua y hagas tu riqueza y la del dueño del terreno donde trabajes.

—El sacar tierra y tierra, si no es a jornal, no da para comer. No es muy lógico el consejo que usted me da. Pero, en fin, lo pensaré —terminó diciéndole el obrero, confiado en el talento del médico.

Al día siguiente, otro obrero sin trabajo, Pedro, llegó a la consulta del doctor.

—No vengo como enfermo... —le explicó—. Aunque quizá el temor de pasar hambre sea ya una enfermedad. Estoy sin trabajo y no tengo esperanza de encontrarlo, ¿qué me aconseja usted que haga?

—¿Qué eres? —le preguntó don Gregorio.

—Peón y tengo por toda herramienta de trabajo un pico. Ni siquiera puedo ofrecerme a hacer chapuzas.

—¿Y tu pico le tienes clavado en la puerta de tu casa y no sabes qué hacer con él?

—Sí, señor —le contestó sorprendido por la pregunta. ¿Cómo lo sabe usted?

—Algo parecido me ha dicho de su pala otro obrero que estuvo aquí ayer. Espérate, que voy a ver dónde vive ese obrero y te daré sus señas para que vayas a verle y trabajéis juntos. Le aconsejé que hiciera un pozo para buscar agua. Entre los dos podréis realizarlo con mayor prontitud y hasta os animaréis en vuestro trabajo.

—¿Y quién nos pagará? ¿Dónde podremos encontrar el sitio para hacer ese pozo?

—Me has preguntado casi lo mismo que tu compañero. Pero creo que no os será difícil llegar a un lugar escaso de agua y decirle a su dueño: «Venimos a hacerle un pozo sin que le cueste nada. Si damos con agua, iremos a medias. ¿Qué le parece?». Seguro que os dará su consentimiento. Y tu compañero y tú podéis, inmediatamente, empezar a trabajar.

Pedro miró al doctor de arriba abajo, pensando quizá que llevaban razón los que le llamaban el «Médico loco».

—Con consejos, doctor, no viven los hombres. Y con los que usted me da, mucho menos.

—Me parece que tu compañero, el que estuvo ayer aquí, tiene más fe que tú. Vete a verle.

El médico escribió las señas de Juan en un papel y se lo dio.

Pedro, como no tenía nada que hacer, se fue al día siguiente en busca de Juan. Al llegar a su casa le encontró limpiando su pala y, por toda presentación, sin saludarle, le dijo:

—¿Tú eres Juan? Yo soy Pedro y estoy como tú sin trabajo. Me fui a que me aconsejara el «Médico loco» y me dijo que viniera a verte y que entre los dos hiciéramos un pozo para buscar agua. ¿Tú qué tienes pensado?

Juan sonrió y le explicó:

—He buscado ya el lugar donde hacer el pozo. Su dueño me ha dado el permiso y voy a empezar hoy mismo a trabajar. Entre los dos lo haremos antes.

—¿Y dónde es? ¿Crees que se encontrará agua?

—Hombre, con seguridad no. Pero lo intentaré. Nuestro destino es refugiarnos en el trabajo, y para empezar, nada como ha-

cer un pozo. A medida que vayamos excavando, haciendo el pozo más grande, estaremos más cerca de darle fin. ¿Tú tienes pico o pala?

—Pico.

—Y yo, pala. Así que tú irás delante. La pala, de este modo, nos durará más. Porque ¿qué íbamos a hacer si la pala se nos rompiera? Es una feliz casualidad que tú tengas pico, y yo, pala.

—Sí. Es verdad. No había caído yo en eso. Con razón me dijo el médico que me asociara contigo.

Juan y Pedro llevaban ya cinco días trabajando en el pozo; habían profundizado bastante. El dueño del terreno estaba extrañado. Pensaba que aquellos dos hombres eran dignos de mejor suerte. Y a la puesta del sol del quinto día se fue hacia ellos y les dijo:

—Mirad. Os quiero recompensar por vuestro trabajo, aunque no creo que deis con agua. Ahí tenéis cinco duros para cada uno.

Juan y Pedro creyeron que soñaban. ¿Cómo podía ser aquello? —se preguntaban para sí. Si aquel hombre nunca les había dicho nada...

Cuando Juan llegó a su casa se encontró con 100 pesetas enviadas por el médico y una carta donde le decía: «Mi querido amigo, le envío estas 100 pesetas para que siga trabajando. Todas las semanas le daré el mismo jornal».

Pedro había recibido la misma carta.

* * *

Pronto la gente supo de la generosidad del «Médico loco». Y hubo algún que otro compañero suyo que apuntó: «Terminaré pagando a todos los parados de Almería para que vayan a tomar el sol. Es absurdo que pueda comprarse la fama a ese precio».

Pero un día se marchó y no se ha vuelto a saber más de él. Se dejó en Almería todo el dinero que traía cuando llegó, poco o mucho, y el que había ganado después. Pero su nombre ha quedado inscrito en los Anales de la ciudad. Aunque ninguna calle lleve su nombre ni ningún cronista le cite. Su nombre era demasiado importante para tan pequeño recuerdo.

FERENC GABOR, AUTOR DE TRES PAISAJES DE ALMERIA

A Beluca Huerta de Naveros

El pintor Ferenc Gabor acaba de morir en Londres; me entero por una leve noticia que transmite una agencia desde la capital británica. Este comunicado, breve, ha puesto en convulsión mis recuerdos.

Ferenc Gabor tendría ahora ochenta años, porque cuando yo le conocí (1929) tenía treinta y ocho. Es decir: Ferenc Gabor nació exactamente en 1891. Bien es cierto que no sé ni el mes ni el día. Pero puedo asegurar, por lo que a él oí, que éste fue el año en que nació. Y aclaro que vino al mundo en Behervan, cerca de Budapest.

Ferenc Gabor ha sido uno de los pocos pintores que ha llevado con acierto a los lienzos el paisaje de Almería. Ese paisaje que tanto ha conmovido a los españoles en estos últimos años —los españoles todo lo descubrimos tarde, y cuando un extranjero lo ha hecho primero—, y que estuvo inédito hasta que el geógrafo e hispanista francés Jean Sermet lo revalorizó en «La España del Sur». Ni los propios pintores indalianos le han sabido ver. ¡Qué tendrá dentro este paisaje de Almería! El de André Cayatte en su filme «Ojo por ojo»... El paisaje de Tabernas, el de los bajorrelieves deslumbradoramente blancos en explosiones

con la luz del cielo. Un paisaje de éxtasis, de colores puros. Ni un solo color se difumina: el blanco es blanco; el azul, azul —¿qué es eso del «azulismo» de la costa francesa?—; el amarillo, amarillo; el gris, gris, y el violeta, violeta. (¡Y qué difícil de encontrar este violeta puro! ¿Verdad? Y es que Almería es por antonomasia, no por designación de índole turística, Costa de la Luz, Costa Azul, Costa del Sol). Y este paisaje, todavía sin entrar del todo en los lienzos, si no es en la obra del pintor alemán Rütjer Rühle, es el que entre 1929 y 1930 captó plenamente en tres soberbios cuadros Ferenc Gabor, pintor húngaro que cayó por Almería persiguiendo un amor. Yo vi, muy joven, aquellos tres cuadros que él titulaba «Estrellamiento de la luz contra la piedra» en tres tiempos. El primer tiempo era el paisaje contorsionado de Tabernas representativo de la zona desértica de Almería, que él decía haber captado a la luz del mediodía; el segundo era una panorámica del prodigioso paisaje de «bad lands» (del que dice Sermet que por verle «vale la pena el viaje a Almería») desde los altos de Alhama, con el verde de las parras por delante, que él pintó a la caída de la tarde cuando el sol rojo parece que explota; el tercero representaba los colores del calor comunicando su éxtasis al recrearse la luz sobre la piedra. ¿Y dónde están estos cuadros? Este es el pensamiento que me ha venido a la mente cuando he leído la noticia del fallecimiento de Ferenc Gabor en Londres. ¡Ah, si yo los pudiera comprar! Pero me temo que, aun pudiendo, no iba a lograrlo. No. He pensado, también, que esos cuadros casi nadie los conoce y que hasta es posible que hayan sido destruidos. ¿Que por qué? Porque Ferenc Gabor no daba demasiada importancia a su obra de pintor. Y era un gran pintor.

Deploro no poder hacer un examen de la obra de Ferenc Gabor, al que conocí teniendo yo diecinueve años. Era un hombre culto, pero nunca supe qué estudios había hecho. Sentía predilección por la química y hablaba mucho de la historia de su país, según él un país convulso a consecuencia de los golpes de tratados a que había sido sometido. Refiero sólo de Ferenc —ahora le llamo simplemente Ferenc, que es como nosotros le conocíamos— su porte físico: alto y delgado, con los ojos azu-

les y el pelo alborotado. Agrego, además, que era en extremo simpático y de costumbres sencillas. Las veces que comió en mi casa, y fueron bastantes, nunca hubo protocolo. Con mi padre hablaba de política; con nosotros, de arte. La pintura la estimaba en mucho y decía con modestia: «Yo no me había sentido verdadero pintor hasta que vine aquí. El enfrentamiento con este paisaje abstracto, completamente abstracto, me ha hecho cambiar mi técnica. Yo diría a los pintores que desprecian el paisaje, que opinan que los paisajistas no tienen qué decir, que se vinieran aquí frente a éste. Hay de verdad que enfrentarse con su explosión de luz y colores».

Ferenc llegó a familiarizarse con todos los que vivíamos en la Estancia San Miguel, próxima a Almería capital. Y era muy ocurrente y educado. A una joven de ojos negros, morena y guapa, la llamaba con gracejo «la arabe». Había convertido la palabra en llana al suprimir el acento a la primera «a». Y a nuestra pequeña colonia o estancia veraniega —y también de invierno, pues muchos vivíamos allí en invierno y verano— la llamaba «Bellas Vistas». Entonces teníamos delante el mar y estábamos rodeados, a norte, de cañaverales que nos ocultaban de la carrera del Jaúl. (Hoy este paraje se ahoga entre rascacielos, mineral y calles en zig-zag. No es un lugar íntimo con un sol que parecía estrenado para nosotros).

Nos acostumbramos a Ferenc como él se acostumbró a todos los vecinos de San Miguel, hasta que un día hizo su aparición la señora Heat, esposa del director de una compañía de electricidad, como diez años menor que el pintor. Era rubia, de buena figura y muy guapa. No tenía, sin embargo, nada de provocativa. Empezó a visitar a Ferenc con asiduidad. Parece ser que se conocían desde hacía muchos años e incluso habían sido novios. El se desplazaba, bien antes o después, a los lugares donde ella iba a residir con su marido, ingeniero inglés. El marido lo sabía, según afirmaban muchos.

La historia de aquellos amores no me interesaba. Pero sí, por necesidad, debo aclarar que motivaron el rompimiento general de los vecinos de la estancia San Miguel con Ferenc Gabor. Las señoras le colgaron el saludo y a las jóvenes se les advirtió que

hicieran lo mismo. Máxime cuando trascendió que él había hecho un retrato al desnudo de su amiga. Aquello sonó a excomunión... Pero como todo lo que es escándalo, o suena a escándalo, levantó el interés. Yo creo que todos los vecinos de la colonia hubieran dado algo por conocer el cuadro. Y, sin embargo, nadie, excepto yo y algún otro, se preocupó jamás por los tres magníficos paisajes de Ferenc Gabor. Los que ahora mismo me quitan el sueño al recordarlos cuarenta y dos años después. En aquellos cuadros de Ferenc Gabor estaba Almería como nadie la ha pintado hasta el presente o nadie, quizá, la pintará.

En la colonia hubo hasta quien propuso pedir al dueño de la casa habitada por Ferenc que le desahuciara por inmoral, pero no se llegó a hacer.

Yo, que seguí tratándome con Ferenc como si nada supiera, si vi aquel cuadro que todos, sin excepción, suspiraban por ver. Mostrándomele, dijo:

—Una mujer desnuda, cuando se pinta, es un trozo de geografía. Igual que esos paisajes que tienes ahí —y me señaló a los tres paisajes que él titulaba «Estrellamiento de la luz contra la piedra»—. Pero aquí la geografía es humana. Observa que la misma luz cubre las dos geografías.

Y era verdad lo que me decía. El mismo azulismo había por fondo en los tres paisajes y en el desnudo. El artista había clavado su modelo en el ambiente que estaba viviendo.

Recordaré siempre aquel cuadro donde una mujer hermosa descansaba sobre una roca. Ella era ella, la luz era la luz de Almería, la piedra sonrosada —deslumbrante— era una piedra de la geografía almeriense. Y pienso, necesariamente, en lo dicho por el desgarrado Baudelaire: «No está la civilización en el gas, ni en el vapor, ni en las mesas que se mueven. Está en la disminución de las señales del pecado original». Y así continuaba siendo casi un siglo después.

* * *

Pasó un año o más, y un buen día —y no sé por qué digo buen día, habría que habérselo preguntado a Ferenc y a Mar-

garet Heat— ella, la musa del pintor húngaro, dejó de ir a visitarle. Luego se supo que se había ido con su marido a Londres, donde éste había sido trasladado.

De este hecho, que poco me importa, debo, sin embargo, ocuparme, porque a partir de la marcha de Margaret Heat se nos eclipsó por completo Ferenc. Los dos meses que siguió viviendo en la estancia San Miguel no dejaron ninguna estela: si bien seguía allí, era como un ausente. Hasta su figura, siempre tan vivaz, se había ensombrecido. El no era él y procuraba, incluso, ocultarse cuando nos encontraba a mí y a los que seguían tratándole. Estaba fuera de toda realidad.

Una mañana, sobre las once, un camión se presentó en la puerta de su casa y dos hombres cargaron en él los cuadros embalados. Alguien contó dieciséis. Esos mismos cuadros, con Ferenc, embarcaron aquel mediodía en un carguero inglés que se hizo rumbo a Inglaterra. Donde ella había ido. Yo pensé entonces como he pensado muchas veces, como pienso ahora con motivo de la muerte de Ferenc Gabor, dónde habrán ido a parar aquellos tres magníficos paisajes de Almería que salieron como carga de mineral de hierro. El final fue saturniano.

Como epílogo a esta pequeña biografía «almeriense» de Ferenc Gabor, que puede considerarse tanto real como apócrifa, cabe recordar una buena frase de Jorge Luis Borges: «... que la historia copie de la literatura es inconcebible...». Y aquí, en este caso, ha copiado. Yo sigo preguntándome: ¿Dónde estarán los paisajes almerienses de Gabor? He leído distintas noticias sobre sus exposiciones en galerías londinenses y nunca se hacía referencia a sus tres cuadros «Estrellamiento de la luz contra la piedra» ni a su mujer desnuda. El silencio se ha hecho sobre ellos. Quizá haya que pintarlos de nuevo... Pero muerto Ferenc Gabor, ¿quién los pintará? Yc, por eso, no acepto la «muerte artística» de esas tres pinturas.

(Y NARRACION 13)

Al doctor Pérez González

DON P. G. L., SUPERSTICIOSO A MUCHA HONRA... O «¡DEJESE DE HISTORIAS!»

Don Pablo es un sujeto digno de ser estudiado por los psicoanalistas a cuenta de sus ideas sobre la superstición. Es frecuente oírle decir en el café o en el club, donde tiene sus tertulias, que él es un hombre que ha nacido con mala suerte, sin que dé más explicaciones.

Llegó a Villa Claudia, él también lo dice, un martes 13 —o un 13 martes—, y se quedó a vivir en Villa Claudia porque en algún sitio hay que vivir. En Villa Claudia hay muy buen clima, está la vida relativamente barata y sus autoridades sestion. No se preocupan nada más que de ir viendo caer las hojas del calendario.

Don Pablo González López tiene una frase que ha estereotipado: «Ya le digo que es inútil; no tengo suerte, y sin suerte no se va a ningún lado». Y en parte tiene razón, aunque en parte no la tenga.

Yo pertencí a su peña cuando estuve en Villa Claudia algunos años después de terminar la guerra de España. Se decía de él por aquel entonces que era apolítico o que, por lo menos, no se había uncido al carro de los vencedores. Alardeaba de pacifista y, claro está, esto no le favorecía demasiado. Pero él, muy tieso, delgado y alto, con cara cetrina, parecía mirar a los

claudinos por encima del hombro. Para el flamante alcalde de la ciudad tenía una frase: «Es un huevo sin ojos y piensa con el cascarón». Lo de pensar con el cascarón había motivado que más de uno le preguntara:

—Don Pablo, ¿qué quiere usted decir con eso de que piensa con el cascarón?

Don Pablo, entonces, se sentía importante y decía:

—Que tiene la ventaja de que no piensa por dentro; o sea, que piensa lo que han mandado que piense.

Hasta aquí, don Pablo es un ser más o menos corriente, un ser como otros muchos seres de la posguerra española: se adapta y vive y, como no es tonto, dice alguna que otra cosa discreta. Le hace mucha gracia utilizar frases que él llama cubistas. Porque para don Pablo González López —con tres «zetas» y dos acentos, dos oes y dos es— el cubismo representa lo más serio del siglo XX. Por algo su inventor se llama Pablo, aunque no González López. Y sostiene una teoría: Que Pablo Picasso no tiene nada en común con Málaga. Según él, debió haber nacido cerca de las Cuevas de Altamira o en plena Chanca. Es decir: en Santander o en Almería. Entre manadas de turistas ni se concibe Picasso ni se concibe el cubismo. El turismo le parece a don Pablo un sainete madrileño con música mediterránea.

Pero vayamos a encontrarnos con don Pablo González López, el de la mala suerte, el supersticioso, con su teoría sobre la mala suerte y la superstición como algo fundamental para la vida: «Mi teoría sobre la superstición es silenciosa. Yo, como buen supersticioso, callo y consiento. Acepto lo que creo que son incógnitas del destino». Y después, reflexionando, agregaba como definitivo: «La superstición puede ser el primer paso que lleve al ocultismo. Y la superstición existe en todos los países del mundo; lo mismo hay supersticiosos en París que en Londres, entre los bárbaros yanquis que en Siria o en Egipto. Y lo mismo en un lujoso salón que en un despacho funcional o entre los indios pillagás. ¡Ah, pero éstos —exclamaba— hacen que la superstición forme parte de sus propias creencias. No son como nosotros: como civilizados nos avergonzamos de la superstición». Y gritaba: «¡Pues yo, señores, soy supersticioso a mucha honra!».

Cuando concluía sus afirmaciones don Pablo, se mostraba ufano y rubricaba la conversación con carcajadas:

—¡Ja, ja, ja!

* * *

Yo lo pasaba muy bien al lado de don Pablo, me parecía un hombre talentado y lleno de humor. Y lo que más me entretenía de él era escuchar sus sortilegios y ver los amuletos que usaba. Más de una vez nos los había enseñado: un imán, un terrón de azufre, una piedrecita pulimentada con un agujero en medio, media herradura y un taquito de madera. Estos amuletos, que llevaba repartidos por los bolsillos, los usaba según los casos. El imán, cuando iba al Banco y trataba asuntos de dinero; el azufre, siempre que se tropezaba con algún tuerto o persona de mala catadura; la piedrecita con el agujero en medio, cuando veía venir a un hombre gordo (porque decía con mucha sorna: «A los gordos hay que reducirlos de tamaño si es que queremos vivir los flacos») o pasaba frente a una funeraria, clínica u hospital: de éstos había que huir de alguna forma..., y para huir, nada mejor que encontrar un agujero por donde salir corriendo sin que le pudieran pillar a uno; la herradura y el taquito de madera, para casos de emergencia: un bizco que te mira, un «civil» o uno de la policía armada que te sonríe (cosa bastante rara), un viejo que, nervioso, pregunta la hora («¿Para qué querrá saber la hora que es un viejo?», se preguntaba...).

Recuerdo muy bien una historia que contó en una de aquellas reuniones en el café:

—Verán ustedes... Yo estaba un día en el Banco y se me acercó un señor a pedirme la pluma estilográfica. Tenía que firmar un cheque y se dio cuenta que la suya no tenía tinta. Le dejé la mía, y cuando escribió las dos primeras letras, la pluma se estropeó. Entonces le dije: «No firme usted ese cheque y déjelo estar. Quizá la operación que va a realizar no le convenga». El cheque era por una suma elevada y lo firmaba a favor de no sé quién. El señor me miró por encima del hombro y me respondió: «¡Déjese de historias!». Entonces pidió el

bolígrafo al empleado de una ventanilla. No pude contenerme y le grité: «¡Allá usted!». Y me quedé pensando: «¡Pero qué soberbio es el dinero! No escucha las voces implacables de la superstición. ¡Si ese señor supiera que tanto su pluma como la mía le estaban diciendo: «¡Detente, no firmes!». Pero no me hizo el menor caso. No había pasado mucho rato cuando oímos unos disparos: al señor en cuestión le habían acribillado a tiros. Luego supe que, por medio de aquel cheque, compraba una finca que se había adjudicado el Banco en subasta pública. Para el asesino, aquel hombre no era un comprador, era la «encarnación» de un estado de cosas.

Entre los contertulios estaba aquel día en que nos refirió este hecho don Antonio Requejo (conocido, dada su presunción, por «Don Bombolófilo»), que le preguntó con mucha guasa:

—¿Y usted cree que en el fallo de la pluma de aquel señor, y después en la de usted, había un aviso? Me parece que no está usted en sus cabales.

Don Pablo se bufó y, como si le hubieran tocado a un resorte, gritó:

—¡No sea usted burro! Con la superstición no se puede jugar. En Londres se ha constituido un centro antisupersticioso cuyos miembros deben practicar demostraciones desvirtuadoras de las causas de la «iettatura»: pasar bajo una escalera apoyada en el muro de una casa, barrer de noche, tirar aceite... ¿Y sabe usted qué han conseguido? Nada. Absolutamente nada. El verdadero supersticioso sabe a lo que está expuesto día y noche. La anti-superstición no da juego: es una acción negativa frente a la positiva de evitar los peligros empleando los amuletos adecuados. ¡Cuántas catástrofes se han evitado de esta manera!

Don Pablo sacó todos sus amuletos y los puso sobre la mesa.

—Miren ustedes —dijo— cuántos talismanes he de usar. Si no hubiera sido por ellos no estaría aquí. Yo soy un hombre sin suerte, perseguido por la mala fortuna, así que por necesidad debo defenderme. Hoy que es 13 y martes, y en 13 y martes llegué a esta tierra, tengo tomadas mis precauciones. Y quien más y quien menos no será más afortunado que yo en este día fatídico. Usted mismo —se dirigió a «Don Bombolófilo»— está

hoy en peligro. Le aconsejo que se ande con cuidado o emplee algún amuleto. Quizá al llegar a su casa deba tirar sal por la ventana.

Se echó sobre el sofá y se puso a pensar. Todos miramos a don Pablo con extrañeza. De pronto se levantó, y como si una mano hubiera tirado de él, salió. Ya en la puerta, se volvió para decirnos:

—No pisen la raya de las baldosas. Sobre todo usted, don Antonio.

Don Antonio, enfurecido, gritó:

—¿Y por qué yo? ¡Déjese de historias! Ya le hemos oído bastantes estupideces.

Don Pablo sentenció:

—La superstición es implacable... Hoy será usted su víctima si no pone remedio.

Al día siguiente nos enteramos que a don Antonio le había atropellado el camión de la basura. Don Pablo no fue aquel día a la reunión del café, ni el otro, ni el otro... Preguntamos por él y nadie supo decirnos dónde había ido. Indagamos para saber su paradero y hasta la fecha no hemos tenido noticias suyas. Ha pasado un año y continúa el misterio. Quizá se haya escondido asustado por haber presagiado una muerte y hasta se tenga por responsable de ella.

Trece y martes. Este relato se ha acabado sin encontrar a su protagonista: don Pablo González López. Agradeceré que si alguien da con su paradero lo comunique a Villa Claudia, café X, peña X. Allí hay empedernidos supersticiosos sometidos a los más extraños soliloquios. Desde que se fue don Pablo no se habla de superstición y esto supone más que un problema: la gente se está quedando muda. Oye lo que se le dice, pero no habla... ¿Para qué correr el riesgo de don Pablo, que todavía debe estar huyendo de su propia sombra?

* * *

El camarero me ha debido preguntar, pero no le he oído.

—¿Quiere usted tomar algo?

Le estoy viendo, parece que me habla, y al fin, medio tartamudeando, le respondo:

—¿No ha venido esta mañana don Pablo?

—No. Pero vendrá. Nunca falta.

El camarero hablaba y oía. Sí, hablaba y oía. Sin embargo, no se había enterado de nada. Luego nada debía haber ocurrido.

INDICE

Págs.

Nota del autor	9
DE AYER	11
El Colorín (Cuento que brota de la realidad)	13
Pillolo (Narración de un pueblo)	25
La muerte de un sueño (Novela)	41
SONAMBULAS	51
La araña en su rincón	53
Soledad saciada	57
Tres pesadillas de nuestro tiempo	61
DE HOY. I	67
<i>Juan López</i>	69
<i>La gran ciudad:</i>	
(Mi despacho: 3,00 × 2,40)	75
(El hombre tuerto, vestido de negro)	79
(En busca de un pino)	83
(Con los ojos hacia dentro)	87
El bocadillo de Pedrín	93
II	97
Sucedió el año 21XXX	99
El pico, la pala y el médico	103
Ferenc Gabor, autor de tres paisajes de Almería ...	109
(Y NARRACION 13)	115
Don P. G. L., supersticioso a mucha honra... o «¡Dé- jese de historias!»	117

mas "En la verde Alhambra", con prólogo de Walter Starkie, en 1949, y "Ecos de sueños" (poemas), en 1951.

Para la Colección Rutas de España hace tres libros: "Alicante - Murcia - Cartagena - Almería," "Santander-Asturias" y "Soria-Burgos - Palencia - León-Zamora - Valladolid".

Autor de una monografía de "Rubén Darío", editada por Publicaciones Españolas, 1967. Publica en Gráficas Bachende, de Madrid, con la cooperación del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Almería, su libro "Almería en mi tinta", donde descubre de manera íntima esta capital y provincia. El Grupo Indaliano, por la aparición de este libro, le concede el Indal de Oro, y la Casa de Almería en Madrid la Uva de Oro.

Naveros ha escrito leyendas, biografías de grandes hombres y una Colección de REYES DE ESPAÑA, desde Leovigildo a los Reyes Católicos. Su firma aparece con regularidad en la mayor parte de los periódicos españoles.

B. Dip. Almería

AL-821-NAV-cat



1003026

1003026